

HISTORIAS DE NIÑOS

de Carmen Auer

Aquí puedes encontrar una historia
relacionada con cada uno de los 21
Símbolos para niños
para leer a los niños!



SÍMBOLOS ANGELICALES ENERGETIZADOS PARA NIÑOS.
Herremientas espirituales para la familia, la guardería, el
colegio y la terapia.

Versión en Inglés: ISBN 978-3-902636-87-4

Este set está destinado a ayudar a los niños y a sus padres para volver
a establecer de manera divertida el contacto con el mundo angelico o
para consolidar su conexión ya existente con el mundo angélico.

Contiene una guía y 21 cartas energetizadas con los Símbolos
Angelicales.



ENCUENTRALAS EN AMAZON.COM

Símbolo n.º 01

Ángel Graviel

"¡Yo te doy fuerza!"

¡Despierta, Sofía!

Sofía casi no puede mantener los ojos abiertos. Le encantaría poner la cabeza sobre la mesa y quedarse dormida. Pero lamentablemente no puede porque Sofía se encuentra en el colegio y debe prestar atención. "Es imprescindible que me mantenga despierta, no puedo dormirme ahora", piensa Sofía. También el profesor ha notado el cansancio de la niña.

De pronto se da cuenta de que efectivamente se le han cerrado los ojos. "¡Buenos días, Sofía dormilona, despierta!", dice enfadado el profesor. La niña pega un brinco y empuja sin querer una gran caja llena de rotuladores. Los rotuladores se esparcen por el suelo y los demás niños ríen. "Perdone", murmura Sofía con la cara roja, y levanta rápidamente los colores.

El profesor mueve la cabeza en señal de desaprobación. Después de la clase llama a la niña y le pregunta: "¿Qué te ocurre últimamente?", "¡Siempre has sido una buena alumna y ahora te duermes continuamente!". Sofía no se atreve a mirar a la cara de su profesor. "¿Estás viendo mucho la tele?". "No, seguro que no", responde Sofía en voz baja. "Creo que debería hablar con tus padres. ¡Así no podemos seguir!", opina el profesor.

Por la tarde Sofía no consigue hacer los deberes, porque tiene demasiado sueño y no se puede concentrar. Como es normal, también su madre se ha dado cuenta. "No has terminado tu tarea, no podrás salir con tus amigos", dice la mamá sorprendida. Sofía bosteza. "Hoy no voy a la casa de Isabel, estoy demasiado cansada", dice la niña y sale de puntillas de la habitación. Su mamá la observa asombrada. ¿Qué le pasa a Sofía?, ni siquiera quiere visitar a Isabel. Las dos niñas suelen pasar cada minuto libre juntas. La mamá no sabe si debe preocuparse, ya que Sofía no tiene aspecto de estar enferma.

Por la noche, Sofía ya está en su cama, cansadísima y a punto de dormirse, ve un destello de luz. Se cubre la cabeza con la manta. "¿Y esto qué es? ¡Justo ahora que quería dormirme!", piensa Sofía. Pero la curiosidad es más fuerte. La niña baja la manta y ve a un pequeño ángel sentado al borde de su cama. De él emana un rayo de luz rojo, cálido, potente, y toda la habitación se ilumina. Con una sonrisa mira a Sofía. "Mi nombre es Graviel", dice el ángel, "yo te daré fuerza y energía". Con este Símbolo Angelical para Niños que te regalo tendrás ánimo. Así te divertirás de nuevo en el colegio, como antes. Si colocas el símbolo sobre tu cuerpo, da igual dónde, me estarás llamando. "Aunque no puedas verme, estoy aquí". Graviel pone una plaquita roja redonda con un símbolo dibujado en él sobre la cama. Sofía le da las gracias y observa el símbolo con curiosidad. Cuando levanta la cabeza, Graviel ha desaparecido. Inmediatamente decide probar el símbolo y lo coloca en su frente. Y efectivamente, después de unos minutos, está fresca como una rosa y ya no piensa más en dormir. "¿No querías dormir?", pregunta su madre muy sorprendida, cuando la ve saliendo de su habitación. "Mamá, ya estoy mucho mejor", dice Sofía y cuenta su experiencia. La mamá no sale de su asombro cuando Sofía le muestra el símbolo angelical.

Algunos días más tarde, Sofía tiene un dictado en el colegio. Y como antes, lo escribe con atención. "Lo has hecho muy bien, ni un error", elogia el profesor sorprendido el día siguiente cuando le devuelve su cuaderno. Sofía sonríe: "¡Yo sé algo que tú no sabes!", piensa divertida. Esa misma tarde vuelve rápidamente a utilizar el símbolo.





Símbolo n.º 02

Ángel Lyrael

"¡Yo estoy siempre a tu lado!"

Simón se siente solo

Al principio Simón estaba orgulloso de ser el único de la clase que tenía una llave de su casa. Incluso su profesora decía que era un chico muy independiente. ¡Y cuánto se alegraba Simón de la cara envidiosa de Hugo! Con quien, por cierto, no se llevaba nada bien.

Cuando Simón llega a casa después del colegio, sus padres todavía están trabajando. Su madre trabaja en una tienda y su padre en una gran empresa. Él, a menudo, se encuentra de viaje de negocios. A veces papá le trae a Simón algún regalo del extranjero. Pero le gustaría más si papá estuviera más tiempo en casa, e incluso renunciaría a los regalos. Lo primero que hace Simón cuando llega a casa es calentar la comida y después hacer los deberes. "¡Tú ya eres un chico grande, Simón!", decía mamá cuando pasó a tercero. Le colgó la llave alrededor del cuello, con una larga cinta roja, y le dio un beso. Simón se alegró muchísimo. "¡Pues claro, ya no soy ningún bebé!", exclamó y se puso en marcha.

¿Y ahora? Ahora Simón se siente triste y solo. No hay nadie que lo espere cuando llega a casa, excepto Luna, su hámster. Pero tampoco esto le consuela mucho. No hay nadie a quien pueda contarle que se divirtió. Y que Román le volvió a pegar en las costillas. De mala gana Simón se sienta a hacer las tareas. Pero no consigue concentrarse de ninguna de las maneras. Tampoco lo anima jugar con sus legos y ver la tele está prohibido. Simón mira el gran reloj en su cuarto. Solo es la una y media. Mamá no llegará antes de las seis y media y papá aún más tarde. "Nadie tiene tiempo para mí", piensa Simón muy triste. De repente descubre un rayo de luz muy sutil que se vuelve cada vez más luminoso en la esquina de su habitación. Simón se frota los ojos. "Esto no puede ser un rayo de sol", piensa Simón, "¡afuera está lloviendo!". ¿Está soñando, se lo imagina o realmente hay un ángel en su cuarto? Es casi transparente, tiene un vestido de color magenta, grandes alas blancas, y una cara muy dulce. "Soy Lyrael", dice el ángel sonriendo cariñosamente. "Sentía que estabas solo y triste, Simón, por eso he venido a reconfortarte. Nunca estás completamente solo. Aunque no puedas verme, estoy contigo siempre que me necesites. También te he traído un regalito". Simón se da cuenta de que todo el tiempo había tenido la boca abierta de asombro, y la vuelve a cerrar rápidamente.

Lyrael entrega al chico una plaquita en la cual se ve un símbolo. "Este es mi símbolo angelical", explica Lyrael, "si lo colocas sobre tu frente, sentirás mi fuerza. Te ayudará a llamarme para que ya no te sientas solo".

Simón, muy sorprendido, le da las gracias. Pero quiere saber más: "¿Cómo sabes quién soy?". "Conozco a todos los niños, y estoy aquí para cuando ellos se sienten solos como tú", responde Lyrael. Le sonrío a Simón, y desaparece tan rápidamente como había venido. El ángel tiene razón, desde que visitó a Simón, este ya no se siente solo.

Por la tarde Simón le cuenta su aventura a mamá y a papá. Los dos están muy sorprendidos escuchando el relato sobre el ángel. Y cuando ven el símbolo, angelical que Lyrael le ha dejado a su hijo, desaparecen sus últimas dudas. Mamá y papá entienden claramente que Simón se siente muy aislado y muy solo. Por eso deciden preguntarle a los padres de David si Simón puede ir con él, dos o tres veces por semana después del colegio, a su casa. Simón se siente más que feliz. Cuando va a la cama, le da las gracias a Lyrael, y parece que este le responde tirando de su manta.



Encuentra las cartas energizadas con los Símbolos Angelicales y la información detallada en el set

"Símbolos Angelicales Energetizados para niños" de Ingrid Auer.

Versión en Inglés: ISBN: 978-3-902636-87-4

Símbolo n.º 03

Ángel Veriel**"¡Tú eres maravilloso!"**

Sandra y el concurso de pintura

Sandra tiene nueve años. Ella es una niña inteligente y bonita, pero a veces no se aguanta ni a sí misma. Sandra tiene un hermano mellizo que se llama Daniel. Daniel y Sandra dibujan muy bien. Un día participan los dos en un concurso de dibujo para niños. Los niños tienen que pintar la casa de sus sueños. A Daniel le resulta fácil, porque sus dibujos favoritos son casas, coches y trenes, y Sandra disfruta mucho con la competencia, así que los dos se ponen manos a la obra con mucho entusiasmo.

Finalmente llega el día de la entrega de premios. Hay muchos niños que entran con sus padres en la gran sala, donde se premia al ganador. Allí huele a cerrado y las viejas sillas de madera crujen. Primero se escucha una música y a continuación entra un señor que camina hacia el pupitre del orador, carraspea y comienza un largo discurso. Los niños se mueven impacientes para allá y para acá sobre sus sillas; incluso hay varios padres que ya se están poniendo nerviosos.

Por fin se anuncia el ganador del concurso. "El primer premio es para...", dice el señor en el pupitre de orador, y hace una larga pausa. "...¡Daniel Lederer! Daniel se alegra muchísimo y camina orgulloso hacia el frente, donde recibe su premio. Todos aplauden.

¿Y qué es de Sandra? Ella está sentada en su silla. Se nota claramente su decepción. "¿Por qué me dice mamá siempre que dibujo cosas tan bonitas?", se pregunta. "¡Eso no es verdad, si lo fuera, también hubiera ganado yo!"

Después de esta experiencia, Sandra se negó a dibujar algo durante mucho tiempo. "¡Total, no sirve de nada, yo nunca seré tan buena como Daniel!", reflexionaba la niña. Mamá tiene dificultades para convencer a Sandra de que también ella hace dibujos estupendos. "Mira Sandra, tú dibujas mejor los animales y las personas, y Daniel dibuja mejor los coches y las casas". Pero a pesar de ello, Sandra no se anima.

Una tarde, la niña se sienta ensimismada en su tobogán del jardín. El sol se pone detrás de la montaña y despacito comienza a anochecer. En ese momento Sandra descubre a un niño en el jardín. "¿Y eso? ¿De dónde vienes?", pregunta Sandra asombrada. "¿Te has perdido?". El niño sonríe: "¡No, he venido a verte!". Sandra lo mira sorprendida. Antes de que pudiera hacer más preguntas, el niño se presenta: "¡Mi nombre es Veriel, y soy un ángel!". Sandra lo mira fijamente con la boca abierta. "Cierra la boca", dice Veriel sonriendo. "¡Pero..., pero..., si los ángeles tienen alas!", tartamudea la niña. "¡Estás mintiendo!"

"También hay ángeles sin alas", responde Veriel. "Pero si así lo deseas...". Acto seguido el pequeño ángel Veriel muestra un par de lindas alas plateadas en su espalda. "¿Me crees ahora?", pregunta triunfante, y Sandra asiente sorprendida moviendo la cabeza.

"Soy un ángel que ayuda a los niños como tú, para que piensen y hablen mejor de sí mismos", sigue Veriel. "¡Esto es muy importante! Y para apoyarte te he traído algo". El ángel entrega a Sandra una pequeña plaquita de color rosa y explica que es un Símbolo Angelical para Niños. "Puedes llevarlo contigo durante el día, y por la noche puedes ponerlo debajo de tu almohada. ¡Te ayudará a creer más en ti misma!" Sandra no tiene tiempo ni de darle las gracias, ya que Veriel, el pequeño ángel con alas plateadas, desaparece con rapidez. No obstante, Sandra se queda con el símbolo y con el recuerdo de Veriel.

Lo ve muchas veces cuando cierra sus ojos. Un buen día, Sandra tiene una idea: dibujará a Veriel. Enseguida se sienta en la mesa del salón y dibuja sin parar. Será un cuadro precioso. También lo dice papá: "¡El cuadro es tan bonito que le pondremos un marco!". Por un momento Sandra quiere contradecirle, pero recuerda lo que Veriel le había dicho. Después de vacilar un poco responde: "Gracias" y le regala una amplia sonrisa a su padre.

Encuentra las cartas energizadas con los Símbolos Angelicales y la información detallada en el set

"Símbolos Angelicales Energizados para niños" de Ingrid Auer.

Versión en Inglés: ISBN: 978-3-902636-87-4



Símbolo n.º 04

Ángel Caniel

"¡Tú puedes!"

A Tomás nada le sale bien

"¡Otra vez se equivocó!", le dice Nina enfadada a Jorge. "¡No deberíamos dejar que juegue con nosotros!", responde Jorge. Tomás, de quien están hablando, lo ha escuchado todo. Sus compañeros de clase no hacen el esfuerzo de decir estas cosas en voz baja. Tomás sabe que el baloncesto no es su fuerte. Él es bastante alto para su edad, pero torpe y poco flexible y no sabe qué hacer con sus brazos y piernas.

"¡Esfuézate un poco más en el juego!, ¡Tienes piernas tan largas que tendrías que jugar tres veces mejor que los demás!", dice el profesor de educación física. "¡Si él supiera!", piensa Tomás, "Debe pensar que soy tan torpe a propósito". Pero no dice ni una palabra.

Por la tarde Tomás saca la vajilla del lavaplatos, y como si no hubiera tenido suficientes disgustos durante este día, se resbala un plato y se rompe en el suelo de la cocina, con un ruido ensordecedor. Mientras Tomás mira fijamente el estropicio, llega su padre y lo reprende. Tomás ya ni lo oye porque simplemente era demasiado para él y corre hacia su cuarto. El padre se sorprende por la reacción del niño e intenta tranquilizar a su hijo: "¡Pero Tomás, no te lo tomes a mal, yo también he roto algún que otro plato!". "¡Pero no es solo esto!", solloza Tomás, y le cuenta lo que había sucedido en la clase de educación física. "¡Y siempre es lo mismo!", añade apenado.

Por la noche, ya en la cama, Tomás se siente muy triste y piensa cómo podría mejorar en la clase de educación física. Pero no se le ocurre ninguna solución. Con tristeza cambia de lado. Está a punto de dormirse cuando siente que alguien lo acaricia. "¿Habrà venido mamá o papá hasta su cama sin que se haya dado cuenta? ¡No!". Cuando se da la vuelta, se fija en un pequeño ángel, tan pequeño que casi pasa desapercibido.

"¿Y tú, quién eres?", pregunta Tomás. "Yo soy el pequeño ángel Caniel, y me acerco a los niños para consolarlos cuando son un poquito torpes". Tomás se echa a reír.

"Yo sé lo que pasó hoy", dice Caniel, "y también sé que tienes dificultades con el deporte. Por eso te he traído algo, especialmente para tí". Caniel coloca una plaquita redonda de color rosa sobre la manta de Tomás. "Lleva este Símbolo Angelical para Niños durante tus clases de educación física en el bolsillo de tu pantalón. ¡También puedes colocarlo antes de dormir o siempre que te apetezca sobre tu estómago, aquí sobre tu ombligo!", explica el pequeño ángel. Tomás escucha atentamente y le da las gracias. "Bueno, ahora debo correr hacia el siguiente niño", susurra el ángel y le guiña un ojo a Tomás. Y tan rápido como ha venido, Caniel desaparece de nuevo.

Tomás, muy pensativo, observa el símbolo y lo coloca sobre su ombligo, y enseguida se queda dormido.

Antes de la siguiente clase de educación física mete el regalo en su bolsillo del pantalón. Todavía se siente algo tenso, comete errores y sigue siendo torpe, pero después de un rato, Tomás se relaja y se suelta. Piensa a menudo en Caniel. Durante las siguientes semanas, Tomás utiliza regularmente el símbolo. Al baloncesto juega cada vez mejor; tanto, que su profesor lo reconoce.

Un buen día cita al niño después de la clase de educación física y le dice: "Te he observado en las últimas semanas". "¡Has mejorado mucho, por eso he decidido aceptarte en el equipo del colegio!". Tomás ni se había atrevido a soñar algo así. Mira al profesor a los ojos y le dice con soltura: "¡Cuenta conmigo!"



Encuentra las cartas energetizadas con los Símbolos Angelicales y la información detallada en el set

"Símbolos Angelicales Energetizados para niños" de Ingrid Auer.

Versión en Inglés: ISBN: 978-3-902636-87-4

Símbolo n.º 05

Ángel Cediel

"¡Tú eres importante!"

El primer día de Laura en el nuevo colegio

Hoy es el primer día que Laura va al nuevo colegio, y está muerta de miedo. Tantas caras desconocidas que la observarán con curiosidad. No habrá nadie que la conozca. La mudanza a la gran ciudad ha sido muy difícil para la niña. No se siente muy bien en el nuevo entorno y recuerda con frecuencia la pequeña ciudad donde se crió. Allí al menos tenía a su amiga Sabrina. Toda esa gente desconocida, la intimida. "¡Ya verás, todo irá bien!", dice mamá, cuando ve a Laura tiritando de nervios.

También papá intenta animarla mientras van en coche al colegio. Laura apenas escucha lo que dice. Ella piensa en lo que le espera. Papá la acompaña hasta la puerta de la clase. Cuando su padre se despide de ella, con un guiño que pretende animarla, le dan ganas de llorar. "¡Verás que no es para tanto!", le dice alguien a Laura. Ella se da la vuelta, y se encuentra al señor Berger, su nuevo profesor, que ha notado el terror que siente la niña. "Si tienes algún problema, Laura, puedes dirigirme inmediatamente a mí, ¿vale?", dice él amablemente. La niña asiente con la cabeza y se aguanta las lágrimas. El profesor la empuja cariñosamente a la clase llena de niños que gritan a voces. A Laura le hubiera gustado dar la vuelta y echarse a correr, pero ya es demasiado tarde.

"Esta es Laura, su nueva compañera", anuncia el profesor. "Deseo que le faciliten su comienzo, y que se ocupen de ella". El profesor frunce la frente y observa severamente a sus alumnos. "¿Me lo prometen?", pregunta. Se escucha un "¡Sí!", y el profesor asiente satisfecho. "¡Laura puede sentarse a mi lado!", ofrece una niña con largas trenzas de rojo fuego y una risa abierta. Y así Laura se sienta al lado de Claudia, una niña que siempre está animada y es muy bromista. En el descanso todos rodean el sitio de Laura y le preguntan muchas, muchas cosas: "¿De dónde eres?", "¿por qué te has mudado aquí?", "¿dónde vives ahora?". Todo este barullo alrededor es demasiado para la niña. La verdad es que todos los niños son amables, pero a la tímida Laura le resulta desagradable ser el centro de atención. Menos mal que suena el timbre y finaliza el descanso. Laura respira aliviada cuando todos están nuevamente sentados en sus sitios.

Cuando la mamá de Laura viene a buscarla al mediodía, enseguida quiere saber, claro está, si a Laura le gustó su nueva clase. "Bueno, son bastante simpáticos", murmura ella. "¡Eso es una buena noticia!, ¿no te parece?", dice mamá con alegría. "Pero no pareces muy contenta. ¿Qué te pasa?". "No lo sé", dice Laura y mira por la ventana. Al mismo tiempo, Claudia, la nueva compañera de mesa de Laura, se va a su casa. Como Laura le da pena, decide ayudar a esta niña tan tímida.

A la hora de comer, Claudia habla entusiasmada de su nueva compañera de clase. "Me parece genial que quieras ocuparte de Laura", dice su madre. "Se me ocurre una idea.". A Claudia le pica la curiosidad: "¿Qué cosa?", insiste la niña, mientras su mamá sonríe misteriosamente. "¡Vamos a colocar para Laura una flor de ángeles con los Símbolos Angelicales para Niños". "¡Así le resultará más fácil acostumbrarse a la nueva clase y no será tan tímida!". Claudia mira sorprendida a su mamá y pregunta: "¿Qué es una flor de ángeles?". "Ya verás", responde su madre.

Después de comer, Claudia y su madre van al salón. Su mamá toma los Símbolos Angelicales para Niños y los mezcla. Claudia puede destapar siete de ellas y piensa intensamente en Laura. Entonces Claudia pone un símbolo en el centro, y los demás alrededor como los pétalos de una flor. "¡Qué bonito queda!", exclama Claudia encantada. "Lo dejaremos así durante unas semanas. Laura estará sorprendida de lo rápido que se acostumbrará a la clase", opina mamá. En los siguientes días, los compañeros de Laura están asombrados. ¿Realmente es esta la niña asustada que llegó nueva a nuestra clase? Laura charla con tanta naturalidad con sus nuevos compañeros de clase que ella misma se sorprende. Después de unas semanas, con la ayuda y el apoyo de Claudia y de los ángeles, Laura se siente como si hubiera estado allí desde siempre.



Símbolo n.º 06

Ángel Laniel**"¡Yo te protejo!"**

Elisa no quiere irse a la cama

Elisa se deja caer en el sofá. "¡Qué cansada estoy! ¡Hemos jugado toda la tarde en el jardín!". "Sí, se ve", dice mamá, cuando descubre las manchas de césped en el pantalón de Elisa. "Incluso nos hemos inventado un juego nuevo", comenta la niña entusiasmada y todavía sin aliento. "Muy bonito Elisa, pero sería aún más bonito si te bajaras del sofá con ese pantalón tan sucio", suspira mamá.

"Voy a jugar un poco más", anuncia Elisa y se va a su cuarto. La niña no se da cuenta de lo rápido que pasa el tiempo. De repente su madre aparece en la habitación y le pregunta. "¿Pero tú sabes qué hora es ya?". Elisa mira el reloj y se queda asustada. Ella tiene muchísimo miedo de ir a la cama porque teme a la oscuridad. "¡Elisa, ya es tardísimo, todavía no te has cepillado los dientes ni te has puesto tu pijama!", le reprocha mamá. Elisa siente un malestar en el estómago. "¿Puedo quedarme despierta un cuarto de hora más? ¡Por favor, mamá!", pide con insistencia. "¡No!". "¡No montes todos los días el mismo teatro!". "¡Mañana tienes que ir al colegio y debes descansar! Además, se te están cerrando los ojos.", dice su padre, que lo había escuchado todo. Es cierto, Elisa estaba muy cansada. Y la verdad es que no le importaría nada acurrucarse en su camita calentita si no fuera por ese crujido del suelo de madera. Desearía estar segura de que no hay fantasmas escondidos debajo de su cama. Elisa intenta de nuevo disuadir a sus padres, pero no es posible. Se quita la ropa muy despacio, como si así pudiese ganar más tiempo. Pero sabe que antes o después tendrá que irse a la cama. "¡Tengo que hacer la mochila!", avisa Elisa después de lavarse los dientes. "¡Apura, date prisa Elisa!". ¡Podrías haber preparado la mochila antes!, exclama su madre enfadada. "Uff, ahora tengo que darme prisa, sino mamá se enfadará de verdad", piensa la niña.

Rápidamente Elisa mete sus cuadernos y libros en la mochila, les da un beso de buenas noches a su madre y a su padre, y se mete debajo de la manta. La puerta queda un poco abierta como siempre y Elisa se tapa hasta la punta de la nariz, pero no sirve de nada. Acostada en la cama y aterrada en la oscuridad, no hay manera de dormirse. ¡De repente escucha un chasquido, pega un salto y corre hacia el salón con mamá y papá! "¡No puedo dormir!", se lamenta. "¡Tengo tanto miedo! ¡Mi cuarto cruje!". Su padre enciende la luz de la habitación de Elisa y le explica que el ruido viene del suelo de madera, que este tipo de suelos suelen crujir un poco. Junto a la niña, mira debajo de la cama, detrás de la cortina y dentro del armario. "¡Ves, aquí no hay nada de que tener miedo!", dice papá. "Bueno, vuelve a la cama y duerme tranquila", añade cariñosamente.

Pero Elisa se despierta en medio de la noche y huye a la cama de sus padres. Al despertar se avergüenza mucho; , en fin, ya es una niña grande, y las niñas mayores no duermen con mamá y papá.

Cuando Elisa llega del colegio al mediodía, encuentra al lado de su plato una plaquita muy bonita de color rojo-naranja. "¿Qué es esto?", pregunta, y la mira detenidamente. "Es un Símbolo Angelical para Niños", le explica su madre. "A partir de ahora te ayudará para que puedas dormirte sin miedo. Lo mejor será ponerlo debajo de tu almohada". Elisa está sorprendida. "¿Es como un amuleto de la buena suerte?", pregunta. "¡Sí, solo que mucho más potente!", responde mamá.

Al acostarse, Elisa coloca el símbolo de los ángeles debajo de su almohada. "Ahora demuéstreme lo que sabes hacer", susurra bajito. Al principio, Elisa se siente algo temerosa, pero pronto se relaja más y más hasta que finalmente se queda dormida y sueña con un ángel que está sentado sobre una nube naranja. El vestido del ángel está adornado con símbolos, iguales al de Elisa. "Mi nombre es Laniel", susurra el ángel, y sonrío amablemente. "A partir de ahora ya no debes tener miedo si te vas a dormir. Pon mi símbolo cada noche debajo de tu almohada. Estoy siempre contigo aunque no puedas verme". Cuando mamá echa un breve vistazo a la habitación de Elisa, sonrío mientras escucha a su niña susurrando en sueños: "¡Gracias, querido ángel Laniel, a partir de ahora ya no tendré más miedo, porque tú estás conmigo!"



Símbolo n.º 07

Ángel Niniel

"¡Yo te doy tranquilidad!"

Lena se descompone

Hoy mamá y papá quieren elegir muebles para la nueva casa. Por ello suben a la pequeña Lena en el asiento para niños del coche y se ponen en marcha. "¡Vamos a la tienda de muebles! ¡Allí hay un rincón donde podrás jugar con muchos juguetes y con otros niños, seguro que te vas a divertir, Lena!", dice mamá. Pero Lena no escucha. Ella está ocupada con algo más importante: está metiendo jugo en la boca de su muñeca Lola, pero por desgracia Lola no sabe tragar. "¡Lena, para ahora mismo!", exclama la madre sobresaltada cuando se percata del desastre que está haciendo. "Luis, estaciona un momento a la derecha", le pide a papá.

Pronto continúan el camino. Lena tiene que conformarse ahora sin la botella de jugo. Pero esto no le agrada nada a la niña, no tiene ganas de jugar con sus otros juguetes y decide gritar enérgicamente durante el resto del viaje. No consiguen calmarla, ni con buenas palabras ni con promesas ni con riñas.

En cuanto mamá y papá liberan a Lena del asiento de niños, ella deja de llorar. Cuando la pequeña ve en la tienda de muebles el rincón de juegos, se entusiasma y quiere salir disparada para allá. "Te vendremos a buscar aquí cuando hayamos terminado de elegir los muebles", dice mamá. Lena se queda de piedra. "¡No, quédense!", pide Lena. "Nos daremos prisa. ¡Prometido!", dice papá. "Además te daremos un rico helado. Tú eres nuestra niña grande, ¿verdad?". Lena frunce la frente y reflexiona profundamente. "¡Soy una niña grande!", dice Lena finalmente y da un beso a mamá y papá en la mejilla. Pisan fuerte, se dirige con su muñeca Lola al rincón de juegos y mamá y papá se ponen en marcha.

Realmente Lena se divierte mucho en el rincón de las muñecas. Al poco tiempo, se encuentra con una niña con la cual se puede jugar muy bien, pero enseguida llegan los padres de la niña para buscarla. También hay otra niña algo mayor que Lena que, por desgracia, intenta quitarle la muñeca. Lena empieza a llorar y a gritar. "¡Esta es mi muñeca, mi Lola!". La responsable del rincón de juegos viene corriendo e intenta calmar la disputa, pero a Lena se le han quitado las ganas de jugar por completo. "¡Quiero ir con mi mami!", grita una y otra vez. La responsable intenta pacientemente calmar a la niña, pero no cuenta con la terquedad de Lena. "¿Dónde está mi mami?", grita cada vez más alto, mientras su cara enrojece cada vez más.

"¡Quédate tranquila, todo está bien! ¡Seguro que tu mami ya viene por ti!", comenta la señorita para apaciguar a la pequeña, pero Lena se vuelve cada vez más histérica, grita como si la hubiera mordido una serpiente venenosa. Al final la señorita se rinde: "Vale, Lena, llamaré a tus padres por los altavoces". "Verás que en un ratito estarán contigo". Pero esto tampoco da resultado. "¡Si dejas de gritar, puedes acompañarme cuando los llame!", ofrece en vano la señorita.

Un cuarto de hora después de la llamada, mamá y papá aún no han aparecido. Lena grita y chilla tan histéricamente que casi se queda sin aliento. La señorita comienza a desesperarse. De repente recuerda que lleva el símbolo del ángel Niniel en su bolso. Rápidamente lo toma y se lo muestra a Lena, pero a Lena no le interesa en absoluto.

Decide colocar el símbolo en el bolsillo del vestido de la niña sin que esta se dé cuenta y enseguida empieza a actuar. Lena grita cada vez con menos fuerza, y pronto se queda solo sollozando. ¡Aparecen sus padres! Casi sin aliento corren al rincón de juegos y toman a la pequeña en sus brazos. "Su tienda de muebles es realmente gigante. Nos ha costado encontrar el camino de vuelta", dice el padre a la señorita. "¡Gracias por su paciencia!", dice mamá. "A veces Lena tiene auténticos ataques de gritos y tenemos verdaderos problemas para tranquilizarla". Entonces la señorita saca el símbolo de los ángeles del bolsillo de Lena, y se lo muestra a los padres explicando cómo actúa. "La próxima vez lo intentaremos desde el principio", opina la madre interesada, y se lleva a Lena y a su muñeca Lola. "Por hoy basta de compras, ¿verdad Lena?", dice papá. "¡Ahora te has ganado un rico helado!"





Símbolo n.º 08 Ángel Obiel

“¡Todo irá bien!”

Jazmín no quiere esquiar

“¡Jazmín, ven un momento, por favor!”, llama mamá desde el salón. Jazmín en ese momento está sentada sobre su cama leyendo y se hace la sorda. ¡Justo ahora que el libro se estaba poniendo tan interesante! Pero mamá insiste: “¡Jazmín!”. Esta vez es imposible no oírla. Malhumorada suelta el libro y tuerce sus ojos enervada. “¡Ya voy!”, grita, y se pone despacito en marcha. “¡Hay una noticia increíble, cariño!”, anuncia su madre radiante de alegría. “¿De qué se trata?, ¿tendremos por fin un perro?”, pregunta Jazmín expectante.

“¡Por supuesto que no!, ¡ya hemos hablado muchas veces de este tema!”, dice papá y mira severamente a su hija. “¡No, nos iremos a esquiar durante las vacaciones de Navidad!”. Jazmín hace una mueca decepcionada y pregunta: “¿De verdad es necesario? ¡Yo ni siquiera sé esquiar!”, dice malhumorada Jazmín. “Nadie te pide que sepas, verás cómo allí aprendes”, intenta tranquilizarla papá. “¡No, yo no quiero acompañarlos!”, grita furiosa Jazmín y patalea enfadada. Los padres ya están hartos. “¡Hemos reservado las vacaciones y estamos ilusionados, no nos amargues la fiesta con tu mal humor! ¡Vienes con nosotros y punto!”, exclama papá enojado. Jazmín corre llorando a su cuarto y se encierra. “¡Yo no quiero ir con ustedes!”, grita. “¡Seguro que no sabré esquiar! Y seguro que los demás niños lo harán mucho mejor que yo”, se queja Jazmín mojando la almohada con sus lágrimas. Dos semanas más tarde ha llegado el momento. Cuando Jazmín y sus padres llegan al hotel, brilla el sol de bienvenida y hay una nieve en polvo maravillosa. Mamá y papá están de un humor espléndido, pero Jazmín tiene cara de pocos amigos. “¡No te preocupes! ¡Te divertirás un montón, ya lo verás!”, papá intenta animar a su hija. Pero Jazmín sigue terca y callada. A la mañana siguiente los padres acompañan a Jazmín hasta su grupo en la escuela de esquí, “¡Hola Jazmín, soy Bernardo, tu profesor de esquí!”, saluda un hombre joven amablemente. Jazmín está nerviosa y solo consigue pronunciar un breve “Hola”. Los niños del grupo están encantados con el curso. Se esmeran haciendo los ejercicios de calentamiento y escuchan con atención lo que Bernardo les está explicando. “Bueno, ahora subimos de lado, paso a paso por la pista. A lo mejor es un poco fatigoso, pero la cuesta no es muy inclinada”, dice Bernardo y comienza a subir por la cuesta. Ahora les toca a los niños. Jazmín tiene problemas con este primer ejercicio. Con un esquí pisa el otro y resbala cuesta abajo. Mientras tanto, los demás niños ya están arriba y esperan a Jazmín. En el siguiente intento, cae a la nieve y empieza a llorar. “¡Lo sabía! ¡No sé hacerlo!”. Bernardo se acerca y la ayuda a levantarse. En el siguiente ejercicio vuelve a ser la única que se cae. “¡Dios mío, otra vez que no puedo, y además le doy la lata al profesor. Los demás niños pensarán que soy boba!”, piensa Jazmín desesperada mientras las lágrimas descienden por sus mejillas.

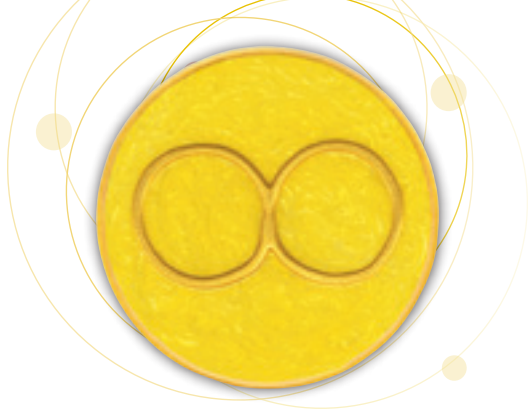
Por la noche, en la cama, le sobreviene el pánico pensando en el día siguiente. Mamá y papá intentan calmarla: “¡Verás que mañana todo saldrá mucho mejor!”, dice su madre y acaricia la espalda de Jazmín. También papá intenta consolar y animar a la niña, pero esta llora aún más fuerte. Finalmente se queda dormida, exhausta. En el sueño se le presenta un ángel bellísimo que se llama Obiel. “Jazmín, te he observado todo el día mientras estabas esquiendo y he leído tus pensamientos”, dice Obiel. “En casa te repetías todos los días que no sabes esquiar, que tu profesor de esquí y los niños no te querrán y muchas más cosas. Debes saber que los pensamientos y las palabras tienen una fuerza muy poderosa; muchas de estas cosas han sucedido porque una y otra vez pensaste de forma negativa. Si hubieras pensado positivamente, todo habría salido mejor. ¡Por eso te pido por favor que cuides tus pensamientos! Mañana, cuando te despiertes, habrá debajo de tu almohada una plaquita de color naranja-dorado que parece un sol. Lleva este símbolo contigo cuando vayas a esquiar, y colócalo por la tarde, antes de ir a la cama, sobre tu frente, tu corazón o tu ombligo. ¡Hazlo, y deja por favor de pensar negativamente!”.

Cuando Jazmín despierta, recuerda vivamente el sueño y las palabras de Obiel. Emocionada levanta la almohada y efectivamente debajo está la plaquita con el símbolo que había descrito Obiel. Jazmín aún tiene mucho miedo cuando se encuentra por la mañana con su grupo, pero piensa en lo que el ángel le dijo. Se esfuerza por seguir sus consejos y todo sale mucho mejor, aunque sigue siendo la más débil de su grupo. En el descanso a mediodía se acerca Bernardo y sonriente dice: “¡Me alegro de que hoy no estés llorando y que te estés esforzando verdaderamente por esquiar mejor! ¡Verás que lo consigues!”.

Encuentra las cartas energetizadas con los Símbolos Angelicales y la información detallada en el set “Símbolos Angelicales Energetizados para niños” de Ingrid Auer.

Versión en Inglés: ISBN: 978-3-902636-87-4





Símbolo n.º 09

Ángel Dunael

“¡No te olvides de los demás!”

Pedro y el ferrari rojo

Jonás, Carlos y Adrián van todos los días juntos al colegio. En el camino pasan frente a una tienda de juguetes y pegan sus narices al escaparate porque hay muchas cosas que ver. Una carrilera de tren, legos, coches, videojuegos, y tantos juguetes increíbles que hacen latir el corazón. Pero Jonás solo tiene ojos para el coche rojo que se encuentra al fondo a la derecha. Es una pieza única, como se puede leer en el cartel que está colocado debajo. Desde hace meses Jonás pasa cada día por la tienda de juguetes y se pone a temblar cuando piensa que alguien podría comprar ese coche.

Hoy los acompaña Pedro, un chico consentido cuyos padres tienen mucho dinero y cumplen todos sus deseos. Los cuatro niños se encuentran nuevamente delante del escaparate, Jonás comenta con gran alegría: “¡Mañana por fin me puedo comprar el ferrari rojo, he estado ahorrando desde hace meses!”. Al escucharlo Pedro, se pone verde de envidia. “¡Tengo que tenerlo yo!”, piensa. Durante toda la mañana Jonás no puede pensar en otra cosa que no sea el coche que va a comprar al día siguiente. Al otro día, por la mañana, Jonás pasa por última vez delante del escaparate.

“¡Esta tarde lo tendré!”, comenta a Carlos y a Edgar. Pero al llegar a la tienda Jonás no puede creer lo que ve. ¡El coche rojo ya no está! No puede preguntar a dónde ha ido a parar el ferrari rojo porque la tienda todavía no está abierta.

“Seguro que han guardado el coche porque ya llevaba mucho tiempo expuesto”, quiso tranquilizarlo Edgar y también Carlos hizo todo lo posible. Al mediodía los tres obtienen respuesta: el ferrari fue comprado el día anterior. “¡No puede ser verdad!”, susurra Jonás con la voz ahogada por las lágrimas. Durante meses había ahorrado para conseguir el ferrari rojo, desde hace tiempo no ha comprado ninguna chuchería, y ha puesto todo su dinero en una cajita. ¡Era su mayor deseo! Jonás no puede evitarlo y llora amargamente. Carlos y Edgar lo consuelan lo mejor que pueden, y le prometen que no le contarán a nadie el motivo de las lágrimas. Al día siguiente en el colegio, Jonás sigue sumergido en una profunda tristeza, y nadie logra animarlo. Ni siquiera la pequeña Ana, tan guapa, de la que Jonás está enamorado en secreto.

En el recreo, en el patio, Edgar y Carlos hablan sobre Jonás y su coche. “¡Si encuentro al tipo que se lo ha quitado..., comprándolo antes que él...!”, exclama Edgar enfadado, y lanza una piedra a través del patio. Carlos hace una mueca pensativo: “Creo que tengo una sospecha”, dice a Edgar, y le recuerda a su amigo que Pedro había estado aquel día delante de la vitrina con ellos. “¿De verdad crees que haría algo así?”. Carlos asiente con la cabeza diciendo: “¡Sí, él sí!”. Horas más tarde Carlos llega a casa del colegio y hace una llamada. “Hola Pedro, aquí Carlos, solo quería preguntarte si puedo visitarte hoy”. “¿Pues, así sin más?”, pregunta Pedro sorprendido. “¿Sí, por qué no?”.

Poco después Carlos llama a la puerta de la mansión donde vive Pedro con sus padres. La niñera abre la puerta y acompaña al chico hasta la habitación de Pedro. Carlos se queda asombrado cuando entra al cuarto de juego. ¡Nunca había visto tantos juguetes juntos! Aparentemente no hay nada que Pedro no tenga. En el suelo hay una carrilera de tren, al lado se apilan una montaña de legos y otros juguetes, las estanterías y los armarios en la pared están a reventar de juegos de mesa, de grandes y pequeñas cajas de donde salen juguetes de todo tipo. “¿Todo esto es tuyo?”, susurra Carlos asombrado. Pedro asiente orgulloso. La mirada de Carlos cae sobre una vitrina llena de coches miniatura. Pero el ferrari de Jonás no estaba entre ellos.

Cuando Carlos va al baño, pasa por delante de una puerta abierta. ¿Vaya, y esto qué es? ¡Pero si es la envoltura del ferrari rojo! Carlos no le dice ni una palabra a Pedro, pero procura irse a su casa lo antes posible. Enseguida le comenta a Edgar lo sucedido, pero ninguno de los dos saben qué hacer.

Por la tarde Carlos tiene una brillante idea. Busca sus cartas de ángeles y elige el símbolo del ángel Dunael. A continuación escribe en letra grande sobre una hoja de papel “Pedro Alegre” y coloca la carta con el símbolo sobre el papelito con el nombre de Pedro. “¡Por favor, querido ángel Dunael, ayuda a Jonás!”, suplica en voz baja. Esa noche Pedro tiene un sueño extraño. Se le aparece un ángel grande de color amarillo limón que se llama Dunael. “Llevo observándote una temporada, Pedro”, dice el ángel con cara seria. “¡Eres un pequeño egoísta, no pienses solo en ti y tu beneficio! ¡Piensa siempre si estás haciendo daño a otros con tu comportamiento! Mañana pídele perdón a Jonás y dale el ferrari. ¡Tú ya tienes juguetes de sobra!”

A la mañana siguiente, Pedro se despierta con cargo de conciencia. Finalmente hace el esfuerzo y envuelve el ferrari rojo. Con la cara sonrojada y gruñendo algunas palabras, entrega el coche a Jonás, que se muestra sorprendido.

“¡Sabía que podía confiar en los ángeles!”, piensa Carlos encantado, cuando Jonás lo llama emocionado. “¡Gracias, querido Dunael!”.

Encuentra las cartas energizadas con los Símbolos Angelicales y la información detallada en el set “Símbolos Angelicales Energizados para niños” de Ingrid Auer.

Versión en Inglés: ISBN: 978-3-902636-87-4



Símbolo n.º 10

Ángel Midael

“¡Tú eres genial!”

Pablo, “el gordo”

Todos los días Pablo tiene miedo de ir al colegio. Ahí le consideran un marginado. Nadie quiere que participe en los juegos y nunca le preguntan su opinión. Raras veces es invitado a una fiesta de cumpleaños. No se le tiene en cuenta, y los demás niños de su clase se burlan de él. Todo esto se debe a que Pablo es algo gordito, muy inteligente, y a que estudia mucho, por eso no le agrada a los demás. Pablo no lleva ropa elegante, y no tiene ni idea de las “últimas tendencias”. Pero en realidad no es su culpa, ya que los padres de Pablo no ganan mucho dinero y además son cuatro hermanos. A los chicos de su clase no les importa: Pablo es y seguirá siendo un marginado, alguien de quien pueden burlarse tranquilamente. El chico intenta de verdad ser amable con los demás, incluso deja sus deberes a otros niños para que puedan copiarlos, y les lleva a todos pastel. Pero nadie se lo agradece, al contrario. Pablo es la víctima perfecta cuando se trata de hacer una mala jugada a alguien, como esconder sus zapatillas, poner lombrices de tierra en el bolsillo de su abrigo, o inventar canciones burlándose de él, de Pablo, “el gordo”. Evidentemente esto le hiere mucho y a menudo llega llorando a su casa. Sus padres se preocupan por su hijo y hablan con la profesora, que riñe a los compañeros enérgicamente, pero en el momento en que la profesora abandona la clase, se enfadan con Pablo, “el malo”, y le acusan de soplón.

Una vez, Pablo celebró su fiesta de cumpleaños, y todos los niños de su clase fueron invitados. Sobre la mesa había una tarta con siete velas, la habitación estaba decorada con muchos colores, las salchichas estaban listas, y los juegos elegidos. Pero nadie acudió porque los niños de la clase de Pablo se habían puesto de acuerdo, y él se quedó sentado en casa amarga y decepcionadamente. ¡Un buen día llegaron por fin las vacaciones de verano! ¡Supongo que pueden imaginar cuánto se alegraba Pablo! Sus padres habían pensado marcharse de vacaciones según cómo le hubiera ido al chico con las calificaciones. Caminando hacia el tren que lleva a Pablo todos los días a casa, sus compañeros se burlan de él por sus fabulosas notas. Cuando un chico tenía las peores notas, se le respetaba más, y le declaraban “héroe de la clase”. Los niños que van en el mismo tren que Pablo son ese tipo de “héroes”. “Estos chicos me tienen envidia por mis buenas calificaciones”, piensa Pablo, pero no dice nada. Cuando finalmente llega el tren, Pablo busca, como suele hacer la mayoría de las veces, un sitio lejos de los demás, pero ellos se han propuesto fastidiarlo y se sientan a su lado. El maquinista anuncia la siguiente parada. Ahí es donde Pablo tiene que bajar. De pronto Fernando, el líder, y el peor de todos, tiene una idea: “¡No dejemos que Pablo baje del tren! ¡Sujétenlo!”.

El tren llega a la estación. ¡Pablo no tiene ninguna posibilidad de bajarse, porque los seis chicos lo están sujetando! El niño intenta defenderse lo mejor que puede, pero desgraciadamente no hay ningún adulto que pueda echarle una mano. Pablo está desesperado. Había prometido a sus padres que iría a casa inmediatamente después del colegio. Intenta liberarse, pero sin éxito. El tren se pone nuevamente en marcha. Pablo se aguanta las lágrimas e intenta hacerse el fuerte, pero no lo consigue. “Miren qué llorón”, se ríe Fernando sarcásticamente, y los demás lo secundan. Al final lo dejan bajar en la siguiente parada. Ciego por las lágrimas se dirige hacia una cabina de teléfono. David, uno de los seis chicos, también se baja en el mismo lugar. Viendo a Pablo tan desesperado, siente pena por él. De alguna manera David reconoce que están siendo muy injustos, y que lo están tratando francamente mal en clase. “En realidad no le hemos dado ninguna oportunidad”, piensa David en el camino a su casa. Al llegar, le cuenta la historia a su padre. Papá no está muy contento con que su propio hijo haya participado en acciones tan crueles, “pero al menos tienes conciencia y te arrepientes”, le dice a David, y de pronto se le ocurre una idea para ayudar a Pablo. Juntos colocan un círculo de protección de símbolos angelicales y, en el centro, justo encima de la foto de la clase, colocan el símbolo de Midael. Este ángel se dedica especialmente a niños que tienen problemas parecidos al de Pablo.

El primer día después de las vacaciones ya se evidencia el efecto del círculo de protección de los ángeles. Los niños le preguntan a Pablo qué había hecho durante las vacaciones de verano e incluso Fernando y sus amigos dejan de molestarlo. Pero también Pablo ha cambiado: ha adelgazado un poco y ya no se esfuerza en que los demás lo reconozcan. En el transcurso del año escolar, la relación entre él y sus compañeros de clase llega a ser tan buena que lo eligen como nuevo delegado de la clase.

Encuentra las cartas energetizadas con los Símbolos Angelicales y la información detallada en el set “Símbolos Angelicales Energetizados para niños” de Ingrid Auer.

Versión en Inglés: ISBN: 978-3-902636-87-4



Símbolo n.º 11

Ángel Seniel

"¡Sé generoso!"

Nina y la excursión

Nina salta de la cama y se viste lo más rápido posible. ¡Hoy por fin se irá de excursión! "Vaya, ¿tan pronto despierta y voluntariamente?". "Por lo general casi hay que echarle agua fría para que salgas de la cama", dice su padre extrañado cuando Nina aparece en la cocina saltando y de buen humor. "Hoy nos vamos de excursión, ¿ya lo has olvidado?", responde Nina. Después del desayuno se apresura en el baño, agarra su mochila y se pone en marcha para ir al colegio. Los compañeros de clase ya están esperándola, riendo y charlando en el patio del colegio. También está la madre de Heidi. Ella los acompañará para "calmar a las fieras", como dice la profesora bromeando.

El colegio se encuentra en las afueras de una pequeña ciudad. Desde ahí se ponen en marcha. "¡Vamos!", y avanzan a través del campo, cruzando bosques y praderas; aún quedan tantas cosas por ver y por hacer. Uno de los chicos descubre unas setas en el bosque que se llaman amanita muscaria, y todos se acercan a admirarlas. La profesora tiene grandes dificultades para impedir que las agarren pero les explica lo venenosas que son. En una ocasión el grupo espanta a una liebre que escapa como una flecha por la pradera, provocando la emoción de todos. Poco después, Marcos descubre una larguísima lombriz de tierra y corre con ella detrás de las niñas que espantadas gritan y chillan. "Qué difícil es cuidar a estos niños", suspira la profesora. Pronto disfrutan del primer descanso en un hermoso claro del bosque. Los niños sacan la merienda de sus mochilas y comparan lo que ha traído cada uno. ¡Cuando Nina abre su mochila, se pega un buen susto, porque dejó olvidada la bebida en casa! Por supuesto Claudia comparte con su mejor amiga su bebida, pero no es suficiente para las dos, y además hace muchísimo calor. Nina se da cuenta de que Ricardo tiene una gran botella de dos litros con jugo de manzana y dice a Claudia: "Voy a preguntarle a Ricardo si me deja tomar un poco del suyo". "¡No hace falta que le preguntes, él no suelta nada!", responde Claudia, y tiene razón. "¡No, el jugo es mío!", grita Ricardo enérgicamente. "¡Si eres tan tonta de olvidar el tuyo, es tu problema!". "Pues quédate con tu jugo, tacaño", exclama Nina enfadada.

Menos mal que hay otros niños más generosos que comparten con Nina aunque no tengan tanta bebida como Ricardo. "Ya sabes, con Ricardo siempre es lo mismo", dice Esteban, que se sienta a su lado en el colegio y pretende consolar a Nina. "Él ni siquiera presta sus lápices de colores a nadie". La clase pronto se pone en marcha de nuevo. La madre de Heidi inicia la canción Tengo una vaca lechera, y todos cantan juntos. Después, la profesora les explica a los niños las diferentes clases de árboles, pájaros e insectos que hay. Finalmente llegan a una granja enorme. Hay muchos animales e incluso un pequeño estanque. "No se acerquen demasiado para que nadie caiga al agua", advierte la profesora. "¡Pero si todos nosotros sabemos nadar!", protestan los niños, y se acucillan al borde del lago intentando agarrar renacuajos con la mano. Una simpática granjera les enseña a los niños los jóvenes terneros y los preciosos gatitos recién nacidos. Los niños pronto vuelven a tener hambre, y se lanzan sobre los bocadillos que han traído. Sebastián le pregunta a Ricardo desprevenido si le regala un trozo de su tarta, pero recibe una respuesta mal educada: "¿No trajiste tu propia tarta?". Después de comer los niños juegan al balón, y como todos han visto el penoso comportamiento de Ricardo, no quieren jugar con él. "¿Por qué son tan malos conmigo?", grita Ricardo furioso, "¡se lo diré a la profe!". "¡Hazlo si quieres!" exclama Nina, y Ricardo toma su mochila llena hasta arriba y se retira detrás del pajar. Los niños disfrutan mucho del juego con la pelota y pronto olvidan el asunto de Ricardo. Dos horas más tarde emprenden el camino de vuelta. Ya cerca del colegio todos están agotados pero felices. "Ha sido una excursión estupenda", dice Nina a la profesora cuando se acerca su padre que viene a buscarla.

En el camino a casa, Nina cuenta todos los detalles de la caminata. También el asunto de Ricardo. "Umm...", murmura papá, "¡Habría que hacer algo!". "Trae los símbolos angelicales", dice papá ya en casa. "¡No había pensado en eso!", exclama la niña. Nina elige ocho símbolos angelicales. Junto con papá los colocan sobre una pequeña mesa y forman un círculo con ellos. Entre ellos se encuentra el símbolo del ángel Seniel. Nina escribe el nombre de Ricardo en una hoja de papel y lo dibuja lo mejor posible. Luego coloca este dibujo en el centro del círculo de ángeles. "¡A lo mejor Seniel nos puede ayudar un poco", suspira Nina, "de todos modos dejaremos el círculo de símbolos varias semanas!". Después de dos, tres semanas se nota una ligera mejoría en el comportamiento de Ricardo. Con el tiempo el niño se vuelve cada vez más generoso. ¡Y un buen día incluso invita a toda la clase a su fiesta de cumpleaños!

Encuentra las cartas energizadas con los Símbolos Angelicales y la información detallada en el set "Símbolos Angelicales Energizados para niños" de Ingrid Auer.
Versión en Inglés: ISBN: 978-3-902636-87-4





Símbolo n.º 12

Ángel Sariel

"¡Tú eres fuerte y sano!"

¡Quédense conmigo!

Aunque Rosa esperó con mucha ilusión la visita al zoológico, ahora camina desganada al lado de mamá y papá sin decir una palabra. Ni los elefantes ni los monos la animan. Antes de la excursión su madre y su padre anunciaron que pronto se irían de nuevo de viaje de negocios, pero Rosa no quiere que se vayan. Sus padres trabajan mucho y tienen poco tiempo para ella. Mamá intenta consolarla, pero Rosa aparta la mano de su madre: "idéjame en paz!".

Papá se empeña en alegrarla y compra una gran bolsa con comida para animales para que Rosa pueda dársela al asno de dientes amarillos. No obstante, Rosa agita la cabeza y esconde los brazos detrás de su espalda. "¿Qué podemos hacer para que no sigas enfadada con nosotros?", pregunta papá. "¡No se vayan!", dice la pequeña furiosa. "¡Pero tú sabes bien que eso no es posible!", opina tristemente mamá. "¡También nos gustaría quedarnos con nuestra Rosa!". "¡Entonces, quédense conmigo!" dice la niña abrazando a su mamá que se encuentra en cuclillas delante de ella, y empieza a llorar amargamente. Mamá y papá están desesperados. "¡Pero si tu abuela se quedará contigo mientras estamos fuera! ¿No quieres a la abuelita?", pregunta papá desconcertado. "Sí, claro, pero esto es diferente", solloza Rosa. "¡Ustedes nunca están aquí!". "Después de este viaje de negocios no tendremos que viajar en bastante tiempo", intenta tranquilizarla su padre. No hay respuesta. Rosa se seca las lágrimas y da de comer a las pequeñas cabras.

A la mañana siguiente mamá despierta a Rosa: "¡A levantarse, tesoro, el colegio te espera y también la abuela!". Mamá acaricia la frente de Rosa: "¡Estas muy caliente!" exclama asustada. "¿Otra vez enferma?". Cuando los padres de Rosa tienen que irse de viaje, suele ocurrir que la niña se enferma. Las últimas veces mamá se ha quedado con ella en casa, pero hoy es diferente. "¡Lo siento muchísimo, Rosa, pero esta vez de verdad no puedo quedarme!", dice mamá. Rosa empieza a llorar, pero su madre sigue firme. "En una semana habré vuelto, pequeña. La abuela te cuidará muy bien. Te prometo que te llamaré todos los días, ¿trato hecho?"; pero Rosa se gira hacia la pared y no responde.

La abuela, que acaba de llegar, lo ha escuchado todo. Después de que sus padres se marchan, la niña sigue llorando, y la abuela intenta consolarla. Al rato Rosa se tranquiliza y se queda dormida. La abuela se sienta a su lado, y piensa en cómo podría ayudar a su nieta. Entonces recuerda los Símbolos Angelicales para Niños que le había regalado a Rosa unos días atrás. "¡Ahora mismo los vamos a utilizar!", exclama en voz baja. La abuela va por las cartas y busca el símbolo del ángel Sariel para Rosa. Este ángel ayuda a los niños que enferman a menudo, que tienen una salud frágil o que suelen tener fiebre cuando se sienten tristes o preocupados por algo. La mujer llena una jarra de agua y coloca el símbolo debajo, más tarde deja silenciosamente el símbolo de Sariel bajo la almohada de la niña.

También pone el símbolo debajo del plato de la comida, y se da cuenta de que Rosa cada vez está más tranquila, y de que toma de buena gana el agua angelical que la abuela le ofrece. "¡Si mejoras pronto, nos iremos mañana a la mejor pastelería de la ciudad!", ofrece la abuela. "¿Qué te parece, Rosa?". "Pero si yo estoy malita", suspira la niña. "¡No por mucho tiempo, Sariel y yo nos encargaremos de que sanes, tan cierto como que soy tu abuela!". "¿Pero quién es Sariel?", pregunta la niña sorprendida. La abuela se sienta al borde de su cama y comienza a hablar a Rosa de los ángeles, le dice que quieren mucho a los niños y que les gusta ayudarles. El pequeño ángel Sariel se ocupa especialmente y con mucho cariño de los niños enfermos. Los tranquiliza, los abraza y los ayuda a sanar.

Por la noche Rosa sueña con un pequeño ángel con un vestido de color amarillo y verde esmeralda y con alas de color verde-dorado. ¿Será Sariel? Da igual. A la mañana siguiente, Rosa se siente completamente recuperada y radiante. La abuela cumple su promesa y pronto están sentadas en la pastelería más elegante. Rosa come tanto pastel que no puede más que suspirar bajito: "Creo que estoy a punto de explotar". Recién llegados a casa tropiezan con dos enormes maletas. Mamá y papá han vuelto antes de lo esperado, y Rosa corre muy feliz a sus brazos. Más tarde, cuando Rosa ya está durmiendo, la abuela les cuenta lo sucedido con los símbolos angelicales. Los padres están impresionados. "¡Pues, si esto es así, la próxima vez nos dirigimos a Sariel antes que a nadie!", comenta su padre aliviado.



Encuentra las cartas energizadas con los Símbolos Angelicales y la información detallada en "Símbolos Angelicales Energizados para niños" de Ingrid Auer.

Versión en Inglés: ISBN: 978-3-902636-87-4

Símbolo n.º 13

Ángel Coniel

"¡Te concentras en lo que haces!"

Fabián pinta su primer huevo de Pascua

¡Por fin llegan las vacaciones de Semana Santa! Los narcisos amarillos y blancos florecen, y se despliegan las primeras hojas verdes de la primavera. Ya pasó el invierno húmedo y frío. El pequeño Fabián pasa una parte de las vacaciones con su abuelo. "Solo quedan unos pocos días para que venga el conejo de Pascua", le dice el abuelo a Fabián. "¿Quieres pintar unos huevos? Luego podríamos colgarlos en el ramo de Pascua o regalárselos a tus padres". Fabián responde radiante: "¡Sí, bien! No lo he hecho nunca ¡Vamos, empecemos ya!" y va corriendo a la cocina a buscar los huevos. "He comprado huevos especialmente blancos", dice el abuelo. "En los huevos rojos los colores no quedan muy bien". "¡El abuelo siempre piensa en todo!". "¡Mira, primero se abren dos pequeños agujeros en los extremos del huevo con una aguja de tejer. Hay que hacerlo con mucho cuidado, porque los huevos tienden a romperse con facilidad. Luego se soplan la clara y la yema a través de uno de los agujeros a un recipiente. A continuación se coloca el huevo vacío sobre una aguja de tejer. ¡Ya se puede empezar a pintar!". Pero pintar no es tan sencillo como Fabián había pensado. Si no se tiene cuidado o se aplica el color demasiado líquido, fluye como un pequeño riachuelo por encima del huevo y gotea sobre el tablero de la mesa. ¡Y un pincel tan fino tampoco facilita la cosa! "¡Uff, no saldrá bien! ¡No sé hacerlo!", se queja Fabián, y se mueve impaciente sobre su silla. "¡Intentalo con los marcadores, quizás sea más fácil!", aconseja el abuelo. Es cierto, pero pronto Fabián ni puede ni quiere concentrarse más. "Ya no me divierto", refunfuña después del segundo huevo que había pintado con poca gana. El abuelo mira detenidamente el huevo. "¿Vaya, esto qué es?", pregunta observando una gran mancha informe de color marrón. "Esto es el conejo de Pascua, ¿no lo ves?", murmura Fabián, ¡y ahora quiero ver la tele!". "¿Dices que esto es el conejo de Pascua?", pregunta el abuelo sorprendido. "Sé que sabes pintar muy bien, Fabián. Pero deberías concentrarte un poco más". "¡Pero ahora quiero ver la televisión!", responde obstinadamente el niño. El abuelo intenta animarlo para que siga pintando. "Si pintas dos huevos bonitos para mamá y papá, puedes irte a ver la tele si quieres", dice el abuelo, y Fabián se sienta de mala gana a la mesa y sigue pintando. Cada vez está más inquieto y cuando el siguiente huevo tampoco le sale bien, se pone furioso. "¡Ya no quiero seguir con esto!". "¡Ya no quiero pintar más huevos!", grita rabioso, y tira el huevo al suelo. El abuelo se queda tranquilo y no riñe a Fabián. Conoce bien a su nieto y sabe que le resulta muy difícil concentrarse durante mucho tiempo. "Bueno. Descansa un rato. Ve a ver el programa infantil en la tele y después te esfuerzas un poco más y pintas los huevos para mamá y papá", dice el abuelo con paciencia. Mientras Fabián está frente al televisor, el abuelo piensa qué podría hacer para que su nieto se concentrara mejor. Entonces recuerda los símbolos angelicales. "Tengo algo para tí", dice el abuelo, mientras le muestra un símbolo color turquesa. "¡El ángel correspondiente se llama Coniel, y ahora le pediremos que dejes de agitarte como el fuego!". Fabián lo mira sorprendido. "¿Realmente crees que existen los ángeles, abuelo?", pregunta asombrado. "Por supuesto que existen, qué te crees", dice el abuelo convencido. "Si el abuelo lo dice, será verdad", piensa Fabián. "Él nunca me ha engañado". El abuelo tiene una idea. Toma el símbolo de Coniel y lo pega cuidadosamente sobre la frente de Fabián. "¡Así funciona todavía mejor!", le dice al niño. "Además tengo una Esencia Angelical que te ayudará a concentrarte mejor. Sabes Fabián, también yo lo necesito de vez en cuando, por ejemplo cuando hago crucigramas". Fabián sonrío y pacientemente deja que su abuelo lo rocíe con la Esencia Angelical. "¡Que llueva, que llueva!", canta animado mientras caen sobre él las suaves gotitas. Los dos huelen el delicado aroma y vuelven a sentarse juntos a la mesa; Fabián comienza a pintar.

Efectivamente el niño consigue pintar dos huevos de Pascua preciosos.

"Ahora sí se puede ver que esto es el conejo de Pascua", sonrío el abuelo divertido.

"¡Pues claro, qué te has creído!", exclama Fabián como si estuviese indignado. "¡Bueno, y ahora pintaré un huevo-Coniel para ti, abuelo!", añade alegre.

Después de haber terminado, el abuelo le quita cuidadosamente el símbolo de la frente al niño y lo junta con los demás. Poco después llaman a la puerta. Mamá y papá han venido a buscar a Fabián. "¡Miren lo que hice!", exclama orgulloso. "¡Los huevos de Pascua quedaron preciosos!". ¿Cómo conseguiste trabajar tan metódica y delicadamente?", pregunta mamá. Fabián sonrío sin decir nada. "¡Pues, eso se lo tienen que preguntar a los ángeles!", comenta el abuelo sonriente.



Encuentra las cartas energizadas con los Símbolos Angelicales y la información detallada en "Símbolos Angelicales Energizados para niños" de Ingrid Auer.

Versión en Inglés: ISBN: 978-3-902636-87-4

Símbolo n.º 14

Ángel Cethiel

“¡Tú tienes buenas ideas!”

Más rápido cae un mentiroso que un cojo

“¡Niños, he pensado algo emocionante que puede divertirlos un montón!”, anuncia la profesora. “Haremos un trabajo de clase sobre los gnomos, los enanos y las hadas. ¡Cada uno de ustedes tiene que escribir una historia misteriosa o divertida! También haremos algunos dibujos bonitos y manualidades que expondremos en el tablero del colegio. ¿Qué les parece?”. Los niños están encantados y empiezan a cotorrear agitados. Todos excepto Fernando. Él está sentado en su mesa y pone una cara muy larga. Fernando no soporta escribir historias, pintar ni hacer manualidades. ¡Nunca se le ocurre nada! La profesora ya ha anotado algunas veces que las redacciones de Fernando son algo aburridas.

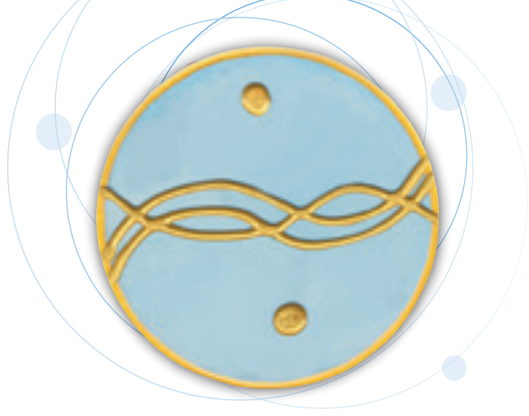
A la mañana siguiente, camino al colegio, Fernando habla con su mejor amigo Andy sobre el proyecto de clase. Andy está entusiasmado: “¡Ya he hecho la mitad de mi historia!”, comenta orgulloso. Justo lo que Fernando esperaba. “Eso significa que acabarás pronto si sigues así”, dice Fernando. Andy asiente con la cabeza. Entonces Fernando le cuenta sus penas, y que no se le ocurre absolutamente nada. Preferiría resolver cientos de problemas de matemáticas a escribir una sola historia y hacer trabajos manuales. “¿Qué te parece si tú me escribes la historia y me haces las manualidades y yo te doy mi paga de dos semanas?”, pregunta Fernando lleno de esperanza. “Si lo hago, quiero la paga de tres semanas”, negocia Andy. “¿Tú sabes cuánto trabajo da eso?”. “¡Ok, de acuerdo!”, responde Fernando.

Durante las siguientes dos semanas Fernando tiene mucha suerte. Su madre tiene tanto que hacer que le queda poco tiempo para controlar sus tareas. Fernando le pregunta cada día a su amigo cómo lleva el trabajo de clase. “Bien, bien” responde Andy y los dos se lanzan una sonrisa cómplice. Por fin ha llegado el momento. De camino al colegio, Andy le entrega orgullosamente el trabajo realizado a su amigo: una historia escrita con letra impecable y un gnomo de fieltro que lleva una amanita muscaria en su mano. “¡Esto es increíble!”, aplaude Fernando a su compañero. “Antes que nada, aquí tienes mi mesada de las dos semanas pasadas y de nuevo, ¡muchísimas gracias!”. Cuando llegan a la clase, esta parece una feria. Todos quieren enseñar su historia y las manualidades a los demás, y en medio del barullo se encuentra la profesora. Ella se alegra de haber logrado entusiasmar a la clase con este proyecto. Los niños se acercan a una vitrina en la que se exponen sus pequeñas obras. De nuevo en clase, cada niño lee su cuento en voz alta y la profesora queda impresionada. Cuando le toca a Fernando, la profesora le dice sorprendida: “La historia me gusta mucho, muy fantasiosa. Y el gnomo...”. Y luego se da la vuelta y se dirige al niño: “Ven a verme después de la clase”. Fernando se pone pálido y se sonroja después. Cuando se encuentra a solas con la profesora, esta lo mira seriamente y dice: “Fernando, quiero saber la verdad. ¿En realidad es tuya esta historia?” “Sí”, dice Fernando en voz baja, pero no se atreve mirar a la profesora a los ojos. “¡Fernando, mírame y dime la verdad!”, insiste ella. Fernando tartamudea, y cuando mira a los ojos de la profesora susurra avergonzado: “Bueno, admito que ni la historia ni el gnomo son míos. Pero ¿cómo...”, tartamudea, “lo sabe usted?”. “¿No ves que yo conozco tus trabajos?”, dice tranquilamente la profesora. “¡Fernando, me ha decepcionado que me mientas! No te voy a castigar, pero debes volver a hacer tanto la historia como el gnomo, y esta vez sin ayuda de nadie”, ordena la profesora. “El lunes próximo me lo dejas todo encima de la mesa. Bien, ahora puedes irte”. Al día siguiente, Fernando se fastidia con el trabajo de clase. Por supuesto ya no hay televisión durante una buena temporada, porque la profesora se lo contó todo a su madre, que está muy molesta. Mientras Fernando se encuentra sentado en la mesa, pensativo e infeliz, se le ocurre algo a su madre: “Tu profesora me ha dado algo para ti, dice que es el símbolo del ángel Cethiel, que te ayuda con tu imaginación y te da ideas. Deberías colocarlo sobre una foto tuya y ponerlo toda la noche debajo de tu almohada. A lo mejor te ayuda de verdad, al menos inténtalo”. Fernando se queda perplejo, pero luego se alegra. Su profesora ya les había hablado antes sobre los ángeles y alguna vez les había enseñado los símbolos angelicales. Pero no podía creer que le hubiera prestado un símbolo a pesar de haberle mentado. Al día siguiente, Fernando toma impulso, comienza a escribir y le vienen un montón de ideas increíbles. Parece como si el pequeño ángel Cethiel le estuviera susurrando la historia al oído. Fernando está asombrado. “La profesora estará encantada”, sonrío. “¿Creerá esta vez que he escrito la historia yo solo?”



Encuentra las cartas energetizadas con los Símbolos Angelicales y la información detallada en “Símbolos Angelicales Energetizados para niños” de Ingrid Auer.

Versión en Inglés: ISBN: 978-3-902636-87-4



Símbolo n.º 15

Ángel Lashiel

"¡Trata con amor a los demás!"

Jorge se está pasando

Jorge no es muy bien recibido en su clase, porque continuamente molesta y enfada a sus compañeros. Pero aunque sus padres y profesores lo aconsejan y reprenden, no sirve de nada. El chico esconde la pluma y los estuches, tira a las niñas del pelo, hace la zancadilla a los compañeros de clase que pasan por su lado, empieza una pelea por cualquier cosa sin importancia y muchas tonterías más. Un buen día, Jorge se aburre terriblemente durante el recreo, pero observando a Andrés, que toma su refresco, se le ocurre una idea. Jorge, aparentemente indiferente, pasa despacio por delante de Andrés y, de repente, agarra el envase del refresco con sus manos y lo aprieta tan fuerte que el líquido salpica por todas partes. Andrés se mancha desde los pies a la cabeza. También Jorge se ha llevado alguna que otra mancha, pero parece que no le importa demasiado. Ahí está retorciéndose de risa y divirtiéndose muchísimo con el caos que había creado. Andrés, cómo no, lo ve de otra manera. Después del susto del primer momento, se enfurece. Se levanta de un salto y golpea con toda su fuerza contra la espinilla de Jorge, que no para de reírse. Vaya, esto no se lo había imaginado. ¡Andrés suele ser un chico muy pacífico, pero evidentemente ya no aguanta más!

Jorge se retuerce de dolor pero no da su brazo a torcer, y pronto se ve involucrado en una terrible pelea. El resto de la clase rodea a los dos niños. Les encantaría animar a Andrés, para que este le dé una buena paliza a Jorge, pero nadie se atreve, porque después tendría que vérselas con este pendenciero. Andrés parece darse cuenta de que Jorge lo supera en fuerza e intenta escabullirse, y al final lo consigue. Rápidamente se repone y escapa por la puerta. Jorge lo persigue y, a una cierta distancia, el resto de la clase corre detrás de él. Cuando Andrés llega a las escaleras, Jorge lo alcanza, y obstinados siguen peleándose. "¡Paren, no vaya a pasar algo!", grita la pequeña María preocupada. Y entonces sucede: los dos caen por la escalera dando vueltas con un estrepitoso ruido y se quedan inmóviles al final de la misma. La clase, aterrada, pega un grito. María, ligeramente pálida, va en busca del profesor. Por suerte los dos niños se pueden mover, aunque se retuercen de dolor. El profesor sospecha que Jorge se ha roto la pierna derecha y Andrés el brazo izquierdo. Inmediatamente llama a la ambulancia que llega poco después con el sonido de la sirena. En el hospital se confirman las sospechas del profesor. A Jorge le enyesan la pierna y no puede ir al colegio durante un tiempo. Andrés se ha roto el brazo izquierdo y pronto podrá ir de nuevo a clase. El profesor con cara seria transmite estas noticias a su clase. Andrés les da mucha pena a los niños, sin embargo todos unánimemente opinan que Jorge se lo merece. Al profesor no le gusta que los niños piensen así y les propone algo: "¿Alguna vez les he hablado sobre los Símbolos Angelicales para Niños?", pregunta, y sus alumnos mueven sus cabezas diciendo que no. "Entonces presten atención", dice el profesor. "Se me ha ocurrido una posibilidad para conseguir que Jorge deje de ser tan salvaje y agresivo". Todos escuchan con mucho interés porque los niños lo desean de verdad. "Pues, ahora tomamos los 21 Símbolos Angelicales para Niños. Estos símbolos corresponden a 21 ángeles que se ocupan especialmente de los niños. ¡Acérquense! Y de estos 21 símbolos elegimos el símbolo del ángel Lashiel, que ayuda a los niños a ser menos agresivos". El profesor coloca los símbolos en un círculo. "En el centro de este círculo colocamos ahora una foto de la clase; en ella están todos los niños, incluido Jorge, y sobre su imagen colocamos el símbolo de Lashiel. ¡Ahora les pedimos todos juntos a los ángeles que apoyen al conjunto de la clase y, sobre todo, que Jorge entre en razón! ¡Dejaremos el círculo de ángeles así, hasta que Jorge vuelva estar bien!". Unas semanas más tarde vuelve Jorge al colegio. Las niñas y niños de su clase lo esperan con curiosidad: ¿Habrán surtido efecto los Símbolos Angelicales?". Al ver que Jorge cojea con su pierna enyesada, la clase se queda en silencio. La sonrisa de Jorge es tan desvergonzada como siempre, pero cuando Tania le pregunta por su pierna, no emite ningún comentario antipático. A la primera hora tienen matemáticas. Rita, con sus largas trenzas rojas, está sentada delante de Jorge, pero esta vez el niño no tira de sus trenzas durante la hora. Tampoco le tira ninguna pelotita de papel al cuello de la camisa del gordito Pepe. "Hoy solo es el primer día, verás que mañana se comportará como siempre...", suponen los niños silenciosamente. No obstante, tampoco en los días siguientes se le ocurre ninguna acción malvada, ni siquiera cuando vuelve a estar completamente recuperado. ¡Increíble, ahora deja a sus compañeros en paz! Probablemente el ángel Lashiel haya hablado seriamente con él.

Encuentra las cartas energetizadas con los Símbolos Angelicales y la información "Símbolos Angelicales Energetizados para niños" de Ingrid Auer.

Versión en Inglés: ISBN: 978-3-902636-87-4





Símbolo n.º 16

Ángel Rusiel

"¡Yo te ayudo a tomar decisiones!"

Isabel no puede decidirse

Isabel es una niña muy indecisa. Cuando Isabel y su mamá se encuentran en el supermercado delante del congelador y la niña quiere elegir un helado, tarda tanto tiempo que su madre pierde la paciencia. Entonces su mamá elige cualquier cosa, pero Isabel no está contenta. "¡Pues, tendrás que decidirte!", dice su madre y empuja el carro de la compra por los pasillos. ¡Ummm, como si esto fuera tan sencillo! Ahora quizás piensen que no es tan grave, y en este caso tienen razón, pero un buen día, mientras Isabel tiene que presentar un examen de español, sucede lo siguiente. El profesor escribe dos temas en la pizarra para que los niños elijan el tema para su redacción. Isabel permanece sentada delante de la pizarra y no sabe por cuál decidirse. Entonces lo intenta con un juego: "Pito, pito, colorcito...". "Pssst!" advierte el profesor, que incluso podría oír un alfiler caer al suelo. Isabel sigue mentalmente sus cuentas y se decide por el primer tema. Después de haber escrito la primera página y cuatro líneas, le sobrevienen grandes dudas. ¿Tendría que haber elegido el otro tema? En un impulso borra todo lo escrito y comienza con el segundo. Así pasa el tiempo y repentinamente suena el timbre. Isabel casi se cae de la silla del susto. ¡El tiempo había terminado y todavía no tenía ninguna historia! La niña se queda aterrorizada de miedo en su sitio. ¡Había echado a perder su examen! Desesperada empieza a llorar y el profesor se da cuenta y se acerca: "¿Qué sucede, Isabel?", pregunta preocupado. Inés, que había escuchado todo, agarra el cuaderno y se lo muestra al profesor. Este lo entiende todo y se esfuerza por consolar a Isabel lo mejor que puede. "Aún quedan dos exámenes de español, así que todavía tienes la posibilidad de mejorar", le dice. "¿Por qué va a ser diferente entonces?", dice Isabel entre sollozos. "Quizás debería hablar con tus padres, ¿qué te parece?", pregunta el profesor, pero la niña no sabe qué decir.

Esa misma noche Isabel tiene un sueño extraño. Un bellissimo ángel con vestidura azul habla con ella y le dice: "Mi nombre es Rusiel". "Desde hace algún tiempo me he dado cuenta de que tienes dificultades para decidirte. ¡Esto no siempre resulta fácil, pero se puede aprender! Mañana pregúntale a tu amiga Inés si puede prestarte los Símbolos Angelicales para Niños, ¡especialmente el mío!". Por la mañana cuando Isabel se despierta, se acuerda muy claramente de este sueño. En el recreo le pregunta a Inés si le puede prestar los Símbolos Angelicales, aunque se siente algo ridícula porque solo había sido un sueño. ¡Pero vaya sorpresa!, Inés realmente tiene los Símbolos Angelicales. "Mañana te los traeré", promete a Isabel. "¡Por cierto, se me podría haber ocurrido a mí que te ayudarían! Pero... ¿cómo sabes que los tengo en casa?". Al principio Isabel no quiere decirle la verdad.

Pero como Inés es una de sus mejores amigas, confía en ella, y sabe que no se burlará como seguramente habrían hecho los demás niños. "¡Te explicaré cómo funcionan los símbolos!", dice Inés con sencillez. Por la tarde suena el timbre de la puerta. "No quería hacerte esperar hasta mañana", sonríe Inés y le entrega a Isabel una cajita. ¡Los Símbolos Angelicales! Se sientan juntas en la mesa e Inés abre la caja. "¿Qué están haciendo ustedes dos?", pregunta su madre curiosa. Inés les explica a las dos cómo se utilizan los Símbolos Angelicales. "Sabes, Isabel, creo que en tu caso los Símbolos Angelicales actúan mejor durante la noche, y hay varias formas de que el ángel correspondiente te ayude. Puedes poner todas las noches antes de ir a dormir un vaso de agua encima del símbolo, luego lo añades a tu bañera o lo tomas, como tú quieras. Yo dejaría el símbolo en la mesilla de noche o debajo de tu almohada, ¡inténtalo, no cuesta nada!". "A mi hermano le han ayudado mucho. ¡Pide al ángel Rusiel que también te ayude a ti!". Dicho y hecho. Isabel está encantada con la idea de que el ángel venga a verla todas las noches. Cierra los ojos y dice: "¡Buenas noches querido ángel Rusiel, por favor no me olvides!".

Una semana después, Isabel nota que le resulta más fácil tomar decisiones, aunque al principio solo sean muy pequeñas. Más o menos un mes después tiene otro examen de español y la niña aún está muy nerviosa, pero consigue decidirse por el tema adecuado. El profesor queda muy sorprendido cuando Isabel es la primera en entregar el cuaderno. Y aún más sorprendido cuando le devuelve el cuaderno a la niña con un "muy bien" al pie de la redacción. "¡Lo sabía!", se alegra Inés por su amiga. "¡Los ángeles nunca fallan!".

Encuentra las cartas energizadas con los Símbolos Angelicales y la información detallada: "Símbolos Angelicales Energizados para niños" de Ingrid Auer.

Versión en Inglés: ISBN: 978-3-902636-87-4



Símbolo n.º 17

Ángel Goriel**"¡Tú estás protegido!"**

Vacaciones de verano con la abuela

Heidi pasa todos los años, durante las vacaciones de verano, un tiempo con sus abuelos. Dos semanas con los abuelos de parte de papá y dos semanas con los de mamá. En realidad no quiere ir con sus abuelos de parte de papá, al menos no con su abuela, porque no es muy cariñosa con ella. Siempre tiene algún disgusto, se queja de algo o riñe a la niña. Lo que más le molesta a Heidi en las temporadas en casa de su abuela es que allí está sola. La hermana de Heidi ya casi es mayor y se va de viaje con sus amigas en las vacaciones; ya no tiene que aguantar a la abuela malhumorada. Menos mal que el abuelo es muy cariñoso: va con Heidi al parque y talla flautas de un avellano para ella. ¡Sí, el abuelo de verdad la quiere mucho! Una vez le dijo Heidi a sus padres que ya no quería ir de vacaciones con los abuelos de parte de papá. Los padres lo comprendían, pero papá dijo: "¡Si sigues visitando a los otros abuelos y no a ellos, estarán muy tristes y pensarán que ya no los quieres!". No, Heidi no quiere de ninguna manera que el abuelo piense que no lo quiere. "Pero no me importaría tanto si fuese la abuela", piensa la niña para sí. Heidi también va este año con los abuelos de parte de papá. Casi se echa a llorar cuando se despide de sus padres. Al principio la abuela se porta bastante bien con ella o, mejor dicho, es muy melosa. Pero pocas horas después comienza el primer interrogatorio: "¿Vas todos los domingos a misa, verdad?". "Supongo que te lavas las manos antes de las comidas". "¿Cómo van las manualidades?". "Espero que ya sepas hacer ganchillo". "¿Limpias tu cuarto todos los días?". Y así todo el tiempo. La abuela riñe a Heidi si no tiende bien su cama, si no quita el polvo como a la abuela le gusta, si no se queda quieta en la iglesia, etc. Siempre se le ocurre algo nuevo para sacar de quicio a Heidi, incluso la llama "itonta maleducada!" y el abuelo no puede ayudarla. Él es muy tranquilo y no le gustan las disputas, y todavía menos entrometerse. Heidi ya está contando los días para que sus padres vayan a buscarla. No se siente querida y además se siente sola; después de un día especialmente difícil para ella, llora por la noche en la cama. Heidi no sabe qué más puede hacer para que la abuela no sea tan severa y antipática, pero ningún esfuerzo parece suficiente para contentar a la abuela, que siempre encuentra otra cosa de la cual quejarse.

El abuelo, por el contrario, siempre es amable y cariñoso. Él hace trabajos manuales con Heidi y va con ella a los columpios o a la compra, incluso deja que la niña le haga peinados divertidos. No obstante, cuando la abuela se enoja con Heidi, él no dice ni una palabra. El abuelo es, como ya he dicho, muy tranquilo y no le gustan las peleas. Un día viene de visita Cristian, el primo de Heidi, que vive en la misma ciudad que los abuelos. En realidad Cristian es muy necio, pero cuando se encuentra con la abuela se porta como un corderito inocente. La abuela elogia a Cristian por todo lo alto, comenta lo buen chico que es, y le acaricia la cabeza, pero basta que la abuela mire hacia otro lado y él hace muecas espantosas, pero ella no se da cuenta de nada. "¡Podrías seguir el ejemplo de Cristian, Heidi!", dice irónicamente. Cuando Cristian y Heidi se encuentran solos en el salón, Cristian le da un golpe tan fuerte en las costillas que Heidi no puede evitar gritar: "¡Estás loco, tu...!" (utiliza enseguida una palabra indecente). En ese momento entra la abuela por la puerta: "¡Deberían lavarte la boca con jabón, niña mala!", grita y tira a Heidi de la oreja izquierda. "¡Ay!" chillaba Heidi de dolor. Que Cristian la haya golpeado en las costillas parece no interesarle en absoluto. Heidi empieza a llorar, pero la abuela no tiene piedad alguna y se va a la cocina con Cristian. La niña se queda sola en el salón. ¡Cuánto le hubiera gustado estar ahora con mamá y papá! Por la noche Heidi llora de nuevo en su cama. De repente oye una suave voz que pronuncia su nombre. Heidi se asusta y enciende la luz, pero no hay nadie en el cuarto. "¿Me lo habré imaginado?, piensa la niña y apaga la luz de nuevo. Entonces oye la voz: "¡Heidi, no debes tener miedo, soy un ángel y me llamo Goriel! No puedes verme porque me hago invisible. He venido porque me doy cuenta de que no te sientes entendida ni querida. Estoy aquí para consolarte. No debes creer que tu abuela no te ama, pero le cuesta mucho expresar sus sentimientos y además es muy meticulosa. Con mi fuerza y mi ayuda sabrás llevarlo mejor. Mañana, cuando despiertes, encontrarás mi símbolo angelical debajo de tu almohada, pero no hace falta que se lo cuentes a los demás. No llores más, estaré a tu lado en todas las situaciones difíciles. Solo tienes que pensar intensamente en mí, y apretar mi símbolo contra tu corazón. "¡Que te vaya bien, mi niña!". Heidi está asombrada y tiene en cuenta todo lo que le ha dicho Goriel; al rato se queda dormida. A la mañana siguiente se encuentra una plaquita azul oscuro con un símbolo dorado debajo de su almohada. Ella recuerda las palabras de Goriel, se siente feliz y aprieta el regalo contra su pecho. Luego lo esconde en el bolsillo de su falda. La siguiente vez que su abuela resulta antipática con ella y se siente dolida, piensa en Goriel, y a escondidas toca el símbolo dentro de su bolsillo. "Ya no me dejaré herir, abuela", dice en voz baja y siente cómo su corazón se calma inmediatamente. Entonces se va con el abuelo al parque infantil, y juntos saborean un delicioso helado.

Encuentra las cartas energizadas con los Símbolos Angelicales y la información detallada en el set

"Símbolos Angelicales Energizados para niños" de Ingrid Auer.

Versión en Inglés: ISBN: 978-3-902636-87-4





Símbolo n.º 18 Ángel Osiel

"¡Yo te doy consuelo!"

Max y su conejo

Max nunca olvidará su último cumpleaños. Todos los regalos estaban desenvueltos sobre la mesa y Max ya había apagado las velas cuando oyó a su padre: "¡Tenemos otro regalo sorpresa para ti!". Entonces el niño descubrió una caja grande cubierta con una tela. Dentro del cartón se oyó un crujido extraño. "¿Qué fue eso?", dijo Max, mientras mamá y papá reían de forma cómplice. "¡Qué estás esperando, mira lo que hay en la caja!" apresuró su hermana Carmen y Max retiró nervioso la tela. "¡Caramba, qué gracioso es!", exclamó Max entusiasmado cuando vio al pequeño conejito negro y blanco con orejas colgantes. "¡Gracias!" "¡Este es el regalo más bonito de todo el mundo!".

Max está feliz. Desde hace mucho tiempo había deseado un conejo y les había dado la lata a sus padres continuamente con este asunto. Desde ese día Max y su conejo Bunny son inseparables. Incluso ha comprado una correa y lo saca de paseo por su barrio. Todos los niños del vecindario se juntan para acompañar a Max en su paseo. Un día en clase se trata el tema de los animales domésticos y Max lleva a Bunny. Los niños rodean al conejo, al que Max había enseñado algunos trucos. Le ordena ponerse de pie sobre sus patas traseras y saltar como un león de circo a través de un aro. Los niños están locos por el animalito e incluso la profesora adora al conejito. Un buen día Bunny enferma de repente. Ya no quiere comer y tiene diarrea. "Mejor lo llevamos al veterinario", dice papá seriamente y Max asiente con la cabeza.

Poco después se encuentran papá y Max en la sala de espera del veterinario con Bunny en sus brazos. El doctor examina a Bunny a fondo, y mueve la cabeza preocupado. "Ahora le pondré una inyección, pero para ser sincero, este tipo de enfermedad es muy peligrosa para los roedores. Aunque aún hay esperanza. Ahora lo más importante es darle agua para que no se deshidrate, y además necesita medicamentos". Max escucha atentamente y se aguanta las lágrimas con valentía. ¡No, Bunny no puede morir! "Yo te cuidaré hasta que estés bien", le susurra a Bunny al oído ya sentados en el coche. Max hace lo que puede, pero Bunny sigue sin comer y escupe la medicina y el agua que el chico le administra. "¿Cómo quieres que te ayude si no me dejas?", exclama Max con lágrimas en los ojos. Finalmente, con ayuda de papá, consiguen darle un poco de la medicina.

Al día siguiente Max llega corriendo del colegio. Lo esperan mamá y papá con caras tristes. "Bunny murió esta mañana", dice mamá con voz baja, y abraza a Max. "¡No, no puede ser!". "¡Pero yo le di la medicina!", grita y se suelta bruscamente. "¡Bunny!" Pero la jaula está vacía. Max cae sobre sus rodillas y comienza a llorar amargamente. Ni mamá ni papá pueden tranquilizar al chico. Él ha perdido a su querido conejito. Días después de la muerte de Bunny, Max sigue desolado y llora durante horas. Su madre le prepara sus platos preferidos expresamente, pero Max apenas puede comer. Papá propone comprarle otro conejo, pero Max grita indignado y lleno de rabia: "¿Crees de verdad que se puede reemplazar a Bunny así, sin más?".

Una noche Max se encuentra otra vez en su cama llorando, y de repente se da cuenta de que la habitación está llena de una misteriosa luz resplandeciente. Max no da crédito a lo que ve. "Me lo estoy imaginando", murmura, y cierra los ojos. Cuando vuelve a abrirlos, ve una figura con un vestido de color violeta oscuro. "Pero... ¡sí es un ángel!", exclama asombrado. El ángel asiente con un gesto amable y sonríe. "Así es,", dice, "soy Osiel y me acerco a los niños como tú cuando están muy tristes y preocupados. Ya no debes llorar por tu conejo. En el lugar en el que se encuentra ahora está muy bien y ya no sufre". "¿Cómo puedes saberlo?", pregunta Max. Entonces Osiel le pide que cierre los ojos y Max ve cómo un conejo igual que Bunny brinca contento entre otros conejos; incluso parece haberle visto una sonrisa feliz. "Osiel, ¿de verdad era Bunny?", pregunta el niño al ángel. "¡Claro que es Bunny, mi pequeño!", y Max suspira aliviado. Bunny está muy bien, pero Max sigue triste. "¡Te he traído algo! ¡Ven, mira, este es mi símbolo angelical!", dice Osiel y saca un símbolo de color violeta oscuro. "¡Cuando estés triste o angustiado, colócalo sobre tu corazón y verás que te sentirás más ligero! ¡Y ahora mi niño, duerme tranquilo!". De repente Osiel desaparece, pero deja el símbolo. Max suspira profundamente y pone el símbolo sobre su pecho. "¡Buenas noches, Osiel!", susurra mientras se va quedando dormido.

A la mañana siguiente, cuando Max despierta, su primer pensamiento le lleva a Bunny y a Osiel. Se siente visiblemente aliviado porque sabe que su conejito está bien, y decide, a partir de ese día, ya no llorar más por él.



Símbolo n.º 19

Ángel Aliel

"¡No seas distraído!"

Teresa está en las nubes

Teresa es una niña soñadora. A menudo se sienta debajo de una vieja encina en el jardín y contempla las preciosas flores de colores, o se recuesta en la pradera, con los brazos cruzados detrás de la cabeza, y observa las nubes que pasan. Por la tarde al llegar a casa, le habla a su madre de los elfos y los gnomos que ha visto y que la han hablado. Por desgracia su mamá no puede ver a ningún gnomo o elfo, y por eso piensa que Teresa se lo ha inventado todo. "Teresa tiene una gran imaginación", le cuenta mamá a sus amigas mientras toman café en la terraza. Todas observan a la niña ensimismada, sentada entre las flores. Su madre también se desespera cuando Teresa hace sus tareas, porque nunca consigue acabarlas. A menudo la niña se sienta en su escritorio y se pierde mirando por la ventana, o pinta círculos, estrellas y flores en una hoja de papel. Lo único que hace concienzudamente son sus redacciones, que su profesora elogia continuamente. "¿De dónde sacará la niña todas estas ocurrencias?", comenta con su madre satisfecha. Un buen día, dejan ir a Teresa completamente sola a la casa de su abuela, porque su gato Tobi ha tenido cachorritos y deseaba verlos. Su madre no tiene tiempo y no puede llevarla, por eso le da permiso a Teresa para tomar sola el autobús. En fin, tiene siete años, es una niña grande, y además ya había hecho varias veces el mismo recorrido con su madre. Teresa solo tiene que ir a la estación de autobuses y subir al bus 47 A, hasta la última estación. Habían acordado que allí la esperaría su abuela. ¡En el camino al autobús hay tantas cosas que ver! El camino de Teresa pasa por un parque, y en este momento sale una ardilla de detrás de una valla del parque y salta a la acera. Teresa se queda muy quieta para no espantarla, pero la ardilla no se asusta en absoluto.

Lentamente Teresa sigue su camino, y la ardilla va delante de ella casi hasta el final del trayecto. De pronto da un salto y desaparece en el parque. Pensando en la ardilla, Teresa sube al autobús, que se llena cada vez más. Pronto se pone en marcha y cruza un barrio residencial muy bonito. Hay casas preciosas a lo largo de la carretera. Teresa repara en una enorme casa vieja que seguramente habrá sido maravillosa hace algunos años. Cierra los ojos y se imagina cómo debía ser la casa por dentro, y sobre todo el jardín de atrás. De nuevo se sumerge en su mundo de ensueños. Cuando despierta de sus imaginaciones, se lleva un gran susto. Nunca antes había estado en la zona que cruza el autobús en este momento. A Teresa le entra el miedo. Quedan pocas personas en el bus y cuando este se detiene, Teresa baja. Acto seguido empieza a llover. Tiritando se resguarda en la sala de espera de la estación. "¿Qué te pasa pequeña?", le pregunta una mujer joven que pasa por ahí. "¡He subido al autobús equivocado y no encuentro el camino hasta la casa de mi abuela!", solloza Teresa. "¿Pero dónde vive tu abuela?", le pregunta la mujer. "En la calle de la Luna", responde Teresa. La mujer le explica a Teresa que tiene que retroceder dos estaciones, hacer trasbordo, y tomar el autobús 47 A.

Esta vez presta mucha atención, y poco después llega a la estación de autobuses correcta. La abuela todavía estaba allí, esperándola. Teresa la abraza aliviada y todavía llorando un poco. "¡Estábamos muy preocupados por ti!", dice la abuela, que también llora pero de alegría. "¡Gracias a Dios no te ha pasado nada!". "¡Ahora mismo llamaré a mamá y le diré que has llegado sana y salva!". La abuela quiere saber exactamente cómo pasó todo. "¡Es maravilloso que tengas tanta imaginación, pero como ves a veces pueden ocurrir estas cosas si no prestas atención!". Después de haber admirado y acariciado detenidamente a los gatitos, la abuela le pide a la niña que vaya al salón, ahí tiene una cajita donde guarda todas sus cosas importantes. Saca una plaquita redonda de color violeta con pequeñas nubes y un corazón dibujado en ella. "Este es un Símbolo Angelical para Niños", le explica. "Corresponde al ángel Aliel, que se ocupa de los niños soñadores como tú. ¡Ven, recuéstate en el sofá, Teresa, y descansa un poco! La abuela coloca el símbolo sobre la frente de la niña y le dice: "Bien, ahora voy a contarte algo del ángel Aliel, de su vestido violeta y del...". La abuela descubre que Teresa se ha quedado dormida. Estaba agotada después de un día tan excitante. "Que duerma tranquila", piensa la abuela y sonríe. "Mientras tanto hablaré con Aliel. ¡Tendrá mucho que hacer para que nuestra niña soñadora aprenda a desenvolverse mejor!".



Encuentra las cartas energizadas con los Símbolos Angelicales y la información de "Símbolos Angelicales Energizados para niños" de Ingrid Auer.

Versión en Inglés: ISBN: 978-3-902636-87-4

Símbolo n.º 20

Ángel Karmiel

"¡Yo te ayudo a perdonar!"

Paulina y Gloria, los dos gallos de pelea

En realidad Paulina y Gloria podrían haber sido las mejores amigas. Las dos tienen intereses comunes, viven muy cerca, sus madres son grandes amigas, y además van a la misma clase. Las dos niñas se conocen desde que son bebés, y a pesar de ello se caen mal. ¿Por qué? Nadie lo sabe, y menos ellas mismas. Desde pequeñas, en el arenero, siempre se peleaban y se fastidiaban mutuamente. "Nuestros gallos de pelea", suspiran las mamás de Paulina y Gloria, cuando se acercan a ellas corriendo y llorando. Cuando Gloria y Paulina llegan a tercero, Gloria entabla amistad con Ana, una niña que acaba de mudarse hace poco a la ciudad. Gloria y Ana se hacen amigas inseparables. Ahora las dos se alían contra Paulina. Se inventan cada vez más maldades para fastidiarla. Pero Paulina no se queda de manos cruzadas.

Un buen día Gloria idea un plan. De visita con su mamá en la casa de Paulina, deja entrar a Ana por la puerta cuando nadie se da cuenta. Las dos van de puntillas a la habitación de Paulina, que se encuentra en clase de ballet. Deprisa y corriendo rapan el pelo de las muñecas de Paulina, y les pintan con bolígrafo bigotes en las caras. Las dos niñas se escapan de la habitación riendo irónicamente. Ana desaparece por la puerta de entrada y Gloria vuelve al invernadero. "Mamá, no me siento muy bien, me voy a casa y me recuesto un rato", se queja Gloria. "¿Quizás has tomado el jugo demasiado deprisa?", pregunta la madre de Paulina. "Puede ser", murmura Gloria. "Pues, ve a casa y duerme un rato, llegaré enseguida", dice mamá comprensiva y le entrega el llavero a Paulina. Un poco más tarde llega la mamá de Gloria enfurecida: "¿iPero qué te has creído!?", grita riñéndola. "iPrimero destrozas las muñecas de Paulina y luego me mientes!". Gloria busca excusas, pero mamá no se tranquiliza. "iYa está bien, estoy harta de sus continuas peleas!". "¿iNo pueden llevarse bien como dos niñas normales? iNi siquiera hay una razón!". Gloria se queda callada. "Durante un mes no puedes ver la televisión y tampoco tendrás tu mesada". "iBien, y ahora te vas a ver a Paulina y le pides disculpas!". "iNo, no iré a casa de Paulina!", protesta la niña. "iClaro que vas y además ahora mismo", exclama su madre enfadada. No le queda más remedio que ir, su madre ya no está para bromas. Temerosa, llama a la puerta. La madre de Paulina abre. No dice ni una palabra. La niña está avergonzada, porque siempre ha querido mucho a la madre de Paulina.

"Quisiera pedir perdón", dice en voz baja. "No me lo digas a mí, sino a Paulina," opina su madre. "iPaulina, ha venido Gloria!". "iNo quiero verla! iQue se vaya!", grita Paulina enojada. "iVen, baja, para que Gloria pueda pedirte disculpas, ahora mismo!", grita mamá severamente. A regañadientes y con miradas venenosas baja Paulina por la escalera. Gloria le da la mano aparentemente indiferente. "Perdona", dice de paso, se da la vuelta y se va. "Me la vas a pagar", murmura Paulina. "iNada de eso! iA partir de ahora se llevarán bien o se las verán conmigo!", interrumpe la madre de Paulina.

Unos días más tarde mamá tiene novedades para Gloria, pero no son buenas. "Paulina y tú iréis juntas a un campamento de verano durante las vacaciones. Lo hemos decidido su madre y yo. Ya es hora de terminar con sus peleas. Y otra cosa, Ana no va". Gloria está espantada, pero sus protestas no sirven para nada. Mamá se pone firme.

Lo que Paulina y Gloria no saben es que sus madres ya están trabajando con empeño con los Símbolos Angelicales para las dos niñas. Las madres han colocado un círculo con todas las cartas de símbolos, y en el centro han puesto una foto de Paulina, otra de Gloria y el símbolo del ángel Karmiel. Cada noche antes de ir a la cama, las dos madres piden al ángel Karmiel que ayude a las niñas a que se quieran y se lleven bien.

Dos semanas más tarde llega el momento. Las dos niñas van juntas al campamento y las dos madres, una al lado de la otra, se despiden haciendo señas con las manos cuando sus hijas salen a su destino. "¿Crees que ha sido una buena idea?", pregunta la madre de Gloria dudosa. "Eso lo sabremos dentro de tres semanas", opina la madre de Paulina.

Al regreso de sus vacaciones juntas, las dos niñas bajan del autobús, y sus madres se miran aterradas. iLas dos tienen manchas azules y arañazos en los codos, rodillas y piernas! "¿Qué han hecho, se han golpeado mutuamente?", preguntan asustadas a las niñas. Gloria y Paulina sonríen y muestran algunos de sus arañazos. "iSon de jugar al fútbol!" Entonces una le pone el brazo en el hombro a la otra y se van amistosamente hacia el auto.

Encuentra las cartas energizadas con los Símbolos Angelicales y la informa "Símbolos Angelicales Energizados para niños" de Ingrid Auer.

Versión en Inglés: ISBN: 978-3-902636-87-4



Símbolo n.º 21

Ángel Geliel

"¡Cree en nosotros, los ángeles!"

¡Realmente existen!

"¡Otra vez lo mismo!", suspira Matías volviendo los ojos enervado. Se trata de su hermana Marta, que vuelve a hablar de sus amigos los ángeles a la hora de comer. Marta le saca la lengua a su hermano y sigue tranquilamente con su relato. A Matías le molesta que mamá y papá escuchen con tanto interés la palabrería de la pequeña. Y todavía le molesta más que le hayan regalado a Marta los Símbolos Angelicales, ya que ahora los lleva a todas partes y habla aún más que antes sobre los ángeles. Al fin y al cabo los ángeles no existen, y Matías está convencido de ello. Después de comer, Matías visita a su vecino, que por cierto tiene un cachorro pastor alemán que al chico le gusta sacar de paseo. En cuanto cruza la puerta del jardín, el perro lo saluda saltando moviéndose alegremente y lamiendo sus manos. Las. "¡Buen perro, Tobi!", dice Matías y acaricia la cabeza del animal. El señor González sale de su casa y saluda al muchacho. "¿Qué?, ¿listo para un pequeño paseo con Tobi?", pregunta amablemente. Matías asiente con la cabeza y el señor González le entrega la correa. ¡Allá van los dos! Matías decide pasear por el camino del bosque. Tobi se alegra y tira con tanta fuerza de la correa que Matías casi tiene que correr para mantener el ritmo del perro. Parece que Tobi ha oído u olido algo interesante. De repente se detiene y parece haber echado raíces mientras mira inmóvil hacia la espesura del bosque.

Empieza a ladrar y a tirar con mucha fuerza de la correa. Tobi ha visto un conejo y quiere perseguirlo. El perro pega un tremendo salto hacia delante y Matías pierde el control de la correa. De repente Tobi se echa a correr y desaparece en el bosque tras el conejo. Matías se queda congelado del miedo. ¿Qué puede hacer ahora? ¡Seguramente no volverá por sí mismo; buscarlo es prácticamente imposible porque el bosque es enorme y Tobi ya estará... quién sabe dónde! "¿Y qué hago yo ahora?", se pregunta Matías desesperado. "¿Qué le voy a decir al señor González? ¿Qué pasará si Tobi no encuentra el camino a casa? ¿O si un cazador le pega un tiro?". Los perros no pueden estar sueltos en el bosque, y Matías lo sabe. "¡Todo por mi culpa!", llora Matías desolado. "¡Tendría que haber prestado más atención o mejor todavía, no haber venido al bosque! ¡El señor González ya me lo había advertido una vez!". Matías vaga sollozando sin rumbo por el bosque y grita una y otra vez el nombre de Tobi, pero ni rastro del perro. Desesperado se deja caer sobre el musgo y llora amargamente. Cuando lleva un rato sentado allí, pensando febrilmente en qué hacer, se le ocurre una idea. Matías se acuerda de Marta y sus ángeles, pero al principio piensa que es una tontería. Incluso recuerda un ángel en concreto entre los Símbolos Angelicales porque una vez los había visto a escondidas. El ángel que le podría ayudar en este tipo de situaciones se llama "Geliel". "¡Por favor querido Geliel, o como te llames, por favor ayúdame a encontrar a Tobi! ¡Siento mucho no haber creído nunca en los ángeles, pero si existen de verdad, ayúdenme, por favor!", suplica Matías. De repente siente una fuerte sensación que lo empuja a ir en una dirección determinada. Aunque piensa que de esta manera nunca encontrará a Tobi, sigue su intuición y se pone en marcha. Después de un buen rato corriendo por el bosque, no encuentra al perro. Regresa decepcionado y desalentado. De pronto oye gemidos muy cerca. Emocionado empieza a llamar a Tobi y efectivamente hay un perro que ladra al oír la voz de Matías. ¡Es Tobi! La correa se había enredado en un árbol caído mientras Tobi perseguía a un conejo, y el animal no podía liberarse solo. Inmensamente feliz y profundamente aliviado, Matías desata a Tobi, y lo lleva a casa. En el camino de vuelta le da mil gracias al ángel Geliel y promete tomar un gran ramo de flores para él. A su llegada, compungido le cuenta su experiencia al señor González. Al principio el vecino se asusta con el relato del chico, pero afortunadamente no se enfada con él. Ahora tiene que prometer que ya no irá más al bosque con el perro. Matías lo promete, aunque ya no se hubiera atrevido.

Por supuesto que no le cuenta nada sobre su experiencia con el ángel al señor González, sin embargo le confía todo lo que había sucedido a su hermana. "¡¿Ves?, te lo dije todo el tiempo, claro que existen los ángeles!", exclama triunfante. "Sí, tienes razón, niña latosa", dice Matías sonriente y va al jardín en busca de un gran ramo de margaritas para Geliel.



Encuentra las cartas energetizadas con los Símbolos Angelicales y la informe: "Símbolos Angelicales Energetizados para niños" de Ingrid Auer.

Versión en Inglés: ISBN: 978-3-902636-87-4